

Comunidades Neocatecumenales

RICARDO BLAZQUEZ



BIBLIOTECA CATECUMENAL

BREVE HISTORIA DEL CATECUMENADO, por *Michel Dujarier*
INICIACION CRISTIANA DE LOS ADULTOS, por *Michel Dujarier*
LOS LAICOS Y LA EVANGELIZACION, por *Dionisio Borobio*
LA ORACION DEL CORAZON, por *Francisco R. Pascual, Jacques Serr,
Olivier Clément y Placide Deseille*
LA IGLESIA REZA: La oración de Jesús y Scala Claustralium, por *E. Bebr
Sigel y Guigón II*
LAS COMUNIDADES NEOCATECUMENALES. Discernimiento
teológico, por *Ricardo Blázquez*
LAS SENTENCIAS DE LOS PADRES DEL DESIERTO. Los apotegmas de
los Padres (*Recensión de Pelagio y Juan*)

RICARDO BLÁZQUEZ

LAS COMUNIDADES NEOCATECUMENALES

Discernimiento teológico

(3.^a Edición)

DESCLÉE DE BROUWER
1988

INDICE

INTRODUCCION. Una síntesis original	9
CAPITULO 1. Las grandes intuiciones de fondo	19
a) El anuncio de la resurrección de Jesucristo	20
b) Camino de fe y de conversión	28
c) La comunidad como realización de la Iglesia	41
CAPITULO 2. Descripción del camino neocatecumenal	59
a) Etapa kerigmática	68
b) Precatecumenado	70
c) Paso al catecumenado	73
d) Catecumenado	77
e) Elección	83
f) Renovación de las promesas bautismales.....	84
CAPITULO 3. Hacia un discernimiento teológico	87
a) Respuesta a las objeciones más frecuentes	89
b) Un camino de evangelización de los alejados	97
c) Comunión abierta a la misión	106
d) Consideraciones finales	111

© Editorial Española Desclée De Brouwer, S. A., 1988
Henao, 6 - 48009 BILBAO

ISBN: 84-330-0721-1
Depósito Legal: BI-1784/88
Impreso por Industrias Gráficas Garvica, S. A. - Bilbao

INTRODUCCION

UNA SINTESIS ORIGINAL

El «camino neocatecumenal» (1), es decir, el itinerario de iniciación cristiana por las llamadas «comunidades neocatecumenales», no es el resultado de una planificación pastoral. Su origen presenta los rasgos de

1. El presente escrito apareció básicamente en la revista Teología y Catequesis 4 (1984), pp. 603-641.

Para una presentación del neocatecumenado pueden verse las siguientes referencias bibliográficas: F. ARGÜELLO (*Kiko*), *Le comunità neocatecumenali*, en: Rivista di Vita Spirituale (1975/2) pp. 191-200; ídem, *Il Neocatecumenato. Un'esperienza di evangelizzazione in atto. Sintesi delle sue linee di fondo*, en: Rivista di Vita Spirituale (1977/1) pp. 98 ss.; ídem, *Breve relación sobre el camino neocatecumenal*, presentada a los Padres en el Sínodo sobre la Reconciliación (pro manuscrito); ídem, *Convivencia de los párrocos de las comunidades neocatecumenales con vistas al Sínodo sobre «Catequesis en nuestro tiempo»*, Roma 10-13 enero 1977, pp. 5-26 (pro manuscrito). Idem *Intervento di Kiko Argüello all'assemblea plenaria della Sacra Congregazione per l'evangelizzazione dei popoli*, pp. 19-23 Aprile 1983, en: Il cammino neocatecumenale nei discorsi di Paolo VI e Giovanni Paolo II (pro manuscrito), Centro Neocatecumenale de Roma, pp. 84-90.

L. DELLA TORRE, *Le comunità neocatecumenali*, en: Rivista di Pastorale Liturgica. 48 (1971) pp. 512-515; ídem, *Il Neocatecumenato*, en: Communio 32 (1977) pp. 58-88.

una iniciativa de Dios sorprendente y gratuita. Nace en 1964 en medio de las chabolas de Palomeras Altas (Madrid). Su iniciador es el pintor Francisco Argüello (*Kiko*), convertido del ateísmo de tipo existencialista a la fe cristiana. Marchó al suburbio con una Biblia, un crucifijo y una guitarra para vivir silenciosamente como un pobre entre los pobres, según la inspiración de Ch. de Foucauld. Pronto fue un interrogante para los vecinos, que le pidieron les hablara de Jesucristo. Lo llamativo fue que entre los gitanos que frecuentaban la barraca para escuchar las improvisadas catequesis, nacía un vínculo de profunda

FAVALE, A. *Movimenti ecclesiali* (IV Comunità neocatecumenali), en: Nuovo Dizionario di Mariologia (ed. S. De Fiore y S. Meo), pp. 965-968.

GIUDICE, E., *Il neocatecumenato: cammino di rievangelizzazione per i lontani (itinerario di riiniziazione cristiana per adulti)*, Roma 1985-86. (Tesina de licenciatura en la Facultad de Misionología de la Pontificia Universidad Gregoriana).

GRASSO, L., *Le comunità neocatecumenali*, en: Rivista di Pastorale Liturgica 16 (1978) pp. 20-22.

ENGELS, L., *Der Neokatechumenat*, en: Liturgisches Jahrbuch 29 (1979) pp. 180-185.

VOLTAGGIO, F., *La parola di Dio nelle comunità neocatecumenali*, en: Incontri con la Biblia. Leggere, pregare, annunciare (ed. G. Zeveni), Roma 1978, pp. 187-191.

Catecumenato per la maturazione nella fede, en: Notittiae 10 (1974), pp. 228-230.

HIGUERAS, J., *Comunidades neocatecumenales en la parroquia de S. Pedro el Real («La Paloma») de Madrid*, en: Evangelización y hombre de hoy. Congreso, Madrid 1986, pp. 325-330. FUENTES, A., *Camino neocatecumenal. Experiencia de un párroco*, en: Revista Católica Internacional. Communio 7 (1985) pp. 185-188. Idem *Miles de jóvenes del Camino Neo-Catecumenal descubren su vocación sacerdotal y religiosa*, en: Vida Religiosa. Boletín Informativo 59 (1985) pp. 240-241.

ELORRIAGA, C., *El camino neocatecumenal dentro de la iniciación cristiana de adultos*, en: Comunidades 14 (1986) pp. 199-208.

fraternidad. Kiko recuerda maravillado cómo el *kerigma*, en la medida en que era acogido por aquellos pobres, creaba la comunión. Estos comienzos de la acción de Dios entre los pobres son inolvidables y marcan siempre la identidad del camino neocatecumenal. Presididos por un presbítero que conoció a Kiko, comenzaron a celebrar la Eucaristía en la barraca, con tal sencillez y potencia que lo acontecido pronto se difundió. Aquí está el germen. Como siempre en el cristianismo, la vida se ha anticipado con su presencia y ha precedido a la ulterior reflexión y a la eventual organización. Pedro y los fieles de la circuncisión quedaron atónitos al ver que el don del Espíritu Santo había sido derramado también sobre los gentiles (cf. Act 10, 44-45; 11, 11-18). Y Pablo, antes de llamar a sus comunidades «cuerpo de Cristo», ha palpado el poder de la Palabra de Dios para regenerar la vida de los que la acogían.

La Iglesia se va renovando actualmente no sólo de forma deductiva, por la aplicación de los documentos conciliares; hay además otro camino: el de la síntesis creadora entre las grandes orientaciones del Vaticano II y el movimiento hondo de nuestra cultura. El neocate-

G. ZEVINI, *Le comunità neocatecumenali. Una pastorale di evangelizzazione permanente*, en: Temi teologico-pastorali (ed. A. Amato), Roma 1977 pp. 103-25; ídem, *Experiencias de iniciación cristiana de adultos en las comunidades neocatecumenales*, en: Concilium 142 (1979 feb.) pp. 240-48; ídem, *Neocatecumenato*, en: Nuovo Dizionario di Spiritualità (ed. S. De Fiore y T. Goffi), cols. 1.056-1.076. No comprendemos por qué se ha suprimido este artículo en la traducción española. Idem, *Il Cammino neocatecumenale. Itinerario di maturazione nella fede*, en: Movimenti ecclesiali contemporanei. Dimensioni storiche, teologico-spirituali ed apostoliche (ed. A. Favale), Roma 1982, pp. 231-67; VARIOS, *Comunidades plurales en la Iglesia*, Madrid 1981, pp. 51-69.

cumenado actúa por este segundo camino. Dios envía a cada generación y a cada etapa de la Iglesia los maestros, los reformadores y los iniciadores que necesita; suscita por su Espíritu los carismas requeridos para su renovación fiel y elocuente.

Confío que no suene a pretensión desmedida si afirmo que en muchos aspectos he encontrado paralelos entre la fundación de santa Teresa de Jesús y el Camino neocatecumenal. Intuiciones cristianas profundas sobre la confianza en Dios Padre, sobre el sentido del pecado y del perdón, sobre el dinero y la libertad...; el itinerario de expansión oteando por dónde Dios emite señales y abre puertas; la disponibilidad al discernimiento y la exigencia de hondura y rigor en el mismo..., son algunos rasgos y sensibilidades compartidos. En otro lugar he expuesto lo referente a la fundación teresiana (2). Santa Teresa tuvo una experiencia, impartió una doctrina y acuñó una «pedagogía». La singularidad reside en la fusión de las tres dimensiones; no basta haber padecido la experiencia, si no se la formula y articula con el contenido cristiano; ni basta conocer las realidades cristianas, si falta el método para iniciar en ellas. En la conexión de esas perspectivas consiste el carisma de los fundadores, que san Juan de la Cruz reconoció en santa Teresa (3). El carisma abarca todo el conjunto.

Los que casi desde el principio seguimos el itinerario explicitador del carisma que ahora presentamos, hemos

2. Cfr. R. BLAZQUEZ, *La Iglesia en la experiencia mística y en la historia de Santa Teresa*, en: *Actas del Congreso Internacional Teresiano II*, Salamanca 1983, pp. 899-926.

3. *Llama*, B, 2, 9-12, en: *Vida y obras de San Juan de la Cruz*, Madrid ⁴1960, pp. 1011 ss.

asistido al testimonio de una vivencia que ha cambiado profundamente la vida de muchos y al desarrollo de una intuición original que se ha formulado y tomado cuerpo en contacto con la Sagrada Escritura, la Liturgia, los Padres de la Iglesia, el Magisterio de los pastores, los estudios de los teólogos... La entera tradición cristiana ha recibido una impronta especial, un «toque» inconfundible que respeta su contenido y lo presenta con nuevo rostro. Y este proceso de articulación se ha llevado a cabo iniciando concretamente a muchos en la fe cristiana y en el modo peculiar de comprenderla y de vivirla. Es importante notar que cuando se ha intentado desagregar estas tres dimensiones (experiencia, formulación y método) pronto ha sobrevenido la infecundidad. Y, en cambio, desde la vivencia del conjunto se produce una irradiación benéfica en otros campos de la vida de la Iglesia, por ejemplo en el cultivo de la teología, en el ejercicio del ministerio presbiteral, en la preparación para el sacerdocio, en la vida religiosa, etcétera.

Sorprendidos por la realidad naciente, Kiko y Carmen Hernández —miembro de un Instituto religioso que a su paso por Madrid camino de Bolivia había tenido noticia de lo acontecido en Palomeras Altas y había quedado fuertemente impactada por ello— comprendieron que lo dado por Dios debía ser ofrecido gratuitamente. Por esta razón accedieron a las peticiones que les vinieron de varias parroquias para tener las catequesis que habían suscitado aquella comunidad. Comienza así un camino de expansión, actualmente difundido en más de ochenta naciones de todos los continentes (3 bis), siguiendo los signos

3 bis. Mons. P.J. CORDES, *Nouveaux mouvements spirituels dans l'Église*, en: *Nouvelle Revue Théologique* 109 (1987) p. 52, da los

emitidos por Dios e interpretados por los hombres en disponibilidad al Espíritu. Al ser don recibido de Dios como una tarea encomendada para el servicio de la Iglesia y de los hombres, han comprendido también que debe incondicionalmente ser servido, debe ser mantenido cuidadosamente en su originalidad y debe ser defendido celosamente.

En la base hay unas instituciones cristianas fundamentales (anuncio de la resurrección de Jesucristo, el Siervo de Dios como sentido de la cruz de cada hombre, redescubrimiento del bautismo como meta, el catecumenado como camino de conversión y de fe...), contrastadas con la experiencia de las comunidades pioneras, profundizadas por la clarificación histórica, teológica, litúrgica, espiritual..., y con la atención siempre puesta en las orientaciones de los obispos y particularmente del obispo de Roma. Los iniciadores están, por una parte, persuadidos y confirmados por la autoridad eclesial de que han recibido un carisma de Dios para la Iglesia posconciliar, y, por otra, están abiertos a los signos a través de los cuales Dios vaya indicando la definitiva configuración e incardinación en la Iglesia. Es, por tanto, un camino ya suficientemente acreditado y en un proceso avanzado de recepción eclesial. Es necesario reconocer que en todo momento se han prestado lealmente al discernimiento autorizado de su presunto carisma. La malea-

siguientes datos sobre su difusión: «(El camino neocatecumenal) está implantado hoy en 2.214 parroquias de todos los continentes con 5.118 comunidades, cada una de las cuales comprende de 30 a 40 miembros; se puede, por tanto, calcular en 200.000 los adherentes al movimiento». Cordes, como se sabe, es el vicepresidente del «Consilium pro Laicis».

bilidad y ductibilidad es un indicio positivo; la inequívoca comunión eclesial es altamente acreditadora; la renuncia a cualquier cesión por cualquier presión lo recomienda; la confianza en que Dios lo defenderá si es obra suya (otra coincidencia con santa Teresa), es signo de la disponibilidad ante la gracia-tarea recibida; la ausencia absoluta de intereses bastardos (económicos, políticos, de grupos sociales...) lo encarece... Es interesante comparar los pasos del «camino neocatecumenal» con los inicios y afirmación de otros grandes movimientos de reforma en la Iglesia (4). Ante los signos acreditativos presentados se comprende que sólo una seria responsabilidad eclesial es aquí la pertinente. Se requiere buena dosis de paciencia tanto en los iniciadores como en los demás. La paciencia es una «ley» extraída por Congar a partir de las reformas verdaderas.

El camino neocatecumenal es una síntesis original de la totalidad del cristianismo. En su dinamismo cada realidad cristiana recibe un enfoque peculiar y una progresiva integración en el conjunto. A mí, que desde hace más de un decenio participo en las comunidades y que he estado también atento a la dimensión teológica, me han sorprendido con frecuencia su profundidad, su coherencia y su originalidad. Es como una hondísima intuición que se despliega consecuentemente, y no como una acumulación de retales. Hay un tino al enfocar cada aspecto cristiano, que es llamativo también teológicamente. Ante sus «novedades» se debe pensar despacio, con ayuda de los instrumentos cristianos de discernimiento y con la

4. Cf. Y. CONGAR, *Vraie et fausse Réforme dans l'Eglise*, Paris 1968.

libertad de espíritu que busca ante todo las «realidades», que no se frena ante una formulación menos feliz y que se percata del tono fuertemente kerigmático de las palabras. La sorpresa debe ser impulso para la interrogación, la búsqueda y el entendimiento.

El camino neocatecumenal es una iniciativa posconciliar. Siempre se supone el Concilio. Si el Concilio no hubiera acentuado que allí donde se predica el Evangelio y se celebra la Cena del Señor acontece la Iglesia de Dios, y que «en estas comunidades, aunque sean frecuentemente pequeñas y pobres o vivan en la dispersión, está presente Cristo, por cuya virtud se congrega la Iglesia, una, santa, católica y apostólica» (5), no habría estado expedito el camino para el reconocimiento de la comunidad como realización concreta de la Iglesia. Los movimientos apostólicos de los decenios anteriores al Concilio no eran efectivamente «comunidades» a través de las cuales transcurrieran y se manifestaran los elementos constitutivos de la Iglesia. No es un movimiento de laicos, ya que su composición refleja la pluralidad de la Iglesia. Teológicamente responde, no a las «teologías del laicado», sino a la «eclesiología de comunión». Sin la reforma, propiciada por el Vaticano II, de la celebración eucarística, penitencial, etc., habría encontrado trabas enormes el camino neocatecumenal; y viceversa, éste ha dado cuerpo a aquel proyecto, en algunos aspectos de forma original y vigorosa.

La renovación litúrgica, bíblica, eclesiológica... asumidas y propugnadas por el camino neocatecumenal están en la base. Pero su novedad consiste en el «genio» que

las ha integrado vitalmente y ha creado con ellas un conjunto dinámico. Porque no basta poseer teóricamente todos los elementos, no es suficiente decir cómo debe ser; con unos rituales renovados, con un rico conocimiento bíblico, con la mejor teoría catequética, con una adecuada comprensión de la Iglesia, puede darse escasamente la vida. El genio creador es el que ofrece la «clave» para, de una forma singular, aunar todos los elementos constituyendo una andadura viva y fecunda. Así se entiende que haya iniciativas más programadas que reales, más teóricas que eficaces.

Haré la exposición del camino neocatecumenal en tres momentos; en primer lugar intentaré recoger las grandes intuiciones de donde arranca; a continuación describiré cómo se ha ido configurando concretamente; y por último haré algunas reflexiones desde la Iglesia española y desde el camino neocatecumenal en orden a favorecer la recepción del mismo.

5. *Lumen gentium* 26

CAPITULO 1

LAS GRANDES INTUICIONES DE FONDO

Nada más alejado del camino neocatecumenal que poner su centro de gravitación en técnicas psicológicas y sociológicas para constituir la comunidad. La dinámica de grupos, las estrategias para la integración personal, los estudios de PRH, el fomento de relaciones «cálidas», etc., no son atendidos directamente como tales. La solidez de la comunidad procede de sus experiencias mayores, que una vez participadas suficiente y vitalmente por sus miembros, constituyen un vínculo irrompible y producen un inolvidable impacto. Aquí radica su fuerza de cohesión, a juzgar por su perseverancia verdaderamente llamativa. Ante multitud de iniciativas que se difuminan como nubes de verano es ya un interrogante la continuidad de los miembros. Participar dos veces por semana en sus celebraciones, durante años y años, con absoluta libertad, suavemente atraídos por el resultado benéfico mil veces sentido, es un indicio del fondo nutricio que poseen las comunidades neocatecumenales. En las celebraciones, oportunamente preparadas, se libera una energía capaz de sustentar y estimular el camino de fe y de conversión

de los participantes. La comunidad se reúne primordialmente, no para estudiar, ni para reflexionar en común, ni para acordar acciones, ni programar campañas..., sino para celebrar la Palabra de Dios y la Eucaristía. Por aquí transcurre su itinerario.

a) El anuncio de la resurrección de Jesucristo

En la etapa primera de la comunidad es esencial el kerigma de la resurrección, proclamado de innumerables formas. Sólo en la medida en que se acoge esta buena noticia va naciendo la comunión. Toda la marcha ulterior de la comunidad estará fuertemente impregnada por la dosis kerigmática. En la situación en que cada uno se encuentra —es importante que todos descubran personalmente la suya— Dios hace una promesa de salvación. Los catequistas, en nombre de la Iglesia, le aseguran que esa promesa será fielmente cumplida por Dios. Dios es omnipotente y salvador; al catecúmeno se le invita siempre a que descubra los signos concretos de Dios en su vida. Se rehúye todo discurso puramente abstracto. Esta promesa al ser creída pone en movimiento a la persona. El anuncio de la resurrección cuando es recibido por el hombre en el poder del Espíritu comienza a operar salvíficamente. La predicación kerigmática ofrece gratuitamente evangelio, es decir, esperanza de parte de Dios para el hombre pecador.

La Buena Noticia procede del corazón de Dios que ama a cada hombre, sea cual fuere la situación de su vida. Este mensaje, que no viene a juzgar ni a condenar, que no viene a plantear exigencias al hombre debilitado, es más poderoso para regenerar a las personas que todas las

denuncias y todos los imperativos. Sin la experiencia del amor previo y gratuito el hombre no puede ser reconstruido. Una vida nueva es sólo posible en la medida en que va naciendo un hombre nuevo, revestido de Jesucristo. La ética cristiana es una moral responsorial; precede la gracia de Dios al deber del hombre; la iniciativa, a la respuesta humana; el indicativo de lo operado por Dios, al imperativo y a la parénesis de la actuación del hombre. Recuérdese, por ejemplo, las cartas de san Pablo. Proceder inversamente es moralismo. Este aspecto es tan claro en el camino neocatecumenal que el acento en la gratuidad divina y en la incapacidad del esfuerzo humano durante los primeros tramos del camino suscitan en algunos una cierta inquietud. Al principio se pide al hombre que escuche la Palabra de Dios, y poco a poco estará preparado para comprender y responder a otras muchas exigencias cristianas. Es muy clara la percepción de que la libertad del hombre está como encadenada.

El anuncio de la resurrección se dirige a hombres esclavizados por el temor a la muerte. Aquí reside uno de los puntos más decisivos. Los hombres, según Hebreos 2, 15, están, por el temor a la muerte, sometidos de por vida a esclavitud. Si de esta situación humana no nos percatamos, no presenta el kerigma todo su alcance. El hombre al pecar ha hecho una experiencia de muerte; ha gustado existencialmente a qué conduce el pecado. El pecado destruye al hombre por dentro; no queda simplemente fuera de él. Si esta perspectiva del pecado no se profundiza, aparecerá como una realidad extrínseca que afectaría sólo a las relaciones del hombre hacia fuera (Dios, los demás, el mundo), pero que a él dejaría intacto. Al pecar es el hombre el primer perjudicado.

Además el pecado crea un ámbito mortal que encierra

al hombre. Atrapado en este círculo es incapaz de salir de sí, de abrirse al otro, de trascenderse en el otro, ya que la experiencia de muerte que posee le impide amar en la medida en que el otro le mata, le destruye, le mortifica. Ama sólo mientras la persona amada le construye. Querría amar de otra manera pero está interiormente retenido, esclavizado. Si no se rompe esta situación, el hombre no puede cumplir la ley de Dios; todas las exhortaciones y amenazas son estériles.

En este momento kerigmático es actualizado de forma elocuente y concreta el relato de la caída de Adán y Eva, que —se dirá muchas veces— «somos tú y yo» (cf. Gén 3). Adán y Eva han dado crédito a la catequesis del Maligno: «Seréis como dioses» (v. 5); la prohibición divina es por celos a la potencial grandeza del hombre; Dios te ha impuesto la ley porque te teme y porque no te ama; es un límite a tu libertad y una trampa a tu realización; la tentación consiste en rechazar a Dios y a su ley como opresores del hombre: «A mí nadie me manda», «yo soy el señor de mi vida», «yo soy la norma del mundo». Al comer de la fruta prohibida dijeron sí a la «serpiente» y negaron que Dios es amor. En el pecado hay en el fondo una voluntad de ateísmo, de mentira y de asesinato (cf. Jn 8, 31 ss.). Para percibir la profundidad del discurso neocatecumenal, recordemos que el neomarxista y judío de origen E. Bloch ha intentado construir, a partir de Génesis 3, la llamada por él «cristología de la serpiente» frente a la «cristología del cordero». Según Bloch, el hombre dejando la sumisión del cordero se debe instalar en el lugar ocupado por Dios; la serpiente, en cuya sabiduría insistieron los gnósticos en el mismo sentido que Bloch, indicaría el camino de la humanización divinizada y del señorío del hombre. Pero a la luz del Siervo

de Yavé, que es Jesús el Mesías y el Hijo de Dios, no sabemos en qué puede apoyarse la «cristología de la serpiente» y el «ateísmo en el cristianismo». Es, en todo caso, oportuno que tomemos nota de dónde reside la alternativa radical: ¿consiste la salvación del hombre en la obediencia a Dios o en la rebelión contra El y en su desplazamiento? Al pecar Adán y Eva hicieron una experiencia de muerte, de despojo, de ruptura, de acusación. El diablo es mentiroso y homicida desde el principio (cfr. Jn 8, 44). El pecado engendra la muerte; no conduce a la libertad ni a la humanización. En cambio, en la obediencia a Dios está la vida para el hombre. Rechazando a Dios nuestra vida pierde el sentido, ya que el hombre es en la medida en que Dios le da el ser por amor. Aquí está el mal del hombre; en adelante está como vendido al pecado; hace el mal que no quiere (Rom 5, 14 ss.). El pecado le ha pagado con muerte, porque el «salario del pecado es la muerte» (Rom 6,23).

«¡Vivía yo un tiempo sin ley!, pero en cuanto sobreviví el precepto, reviví el pecado, y yo morí» (Rom 7,9).

Cualquiera que escuche las catequesis comprende existencialmente que en él se ha reproducido, que en su historia ha tomado cuerpo la secuencia prohibición—desobediencia—, muerte de Adán (cf. Gén 3, 1 ss.), sobre la que escribe Pablo (cf. Rom 5, 12 ss.; 7, 7; 1 Cor 15, 56).

Esta es la fuente real de todos nuestros males, de todos nuestros sufrimientos. Sin esta concepción de la situación existencial del hombre como correlato, no llega al fondo de la irredención la gracia de Dios en Jesucristo muerto y resucitado. El es el nuevo Adán. La revelación

de Dios en Jesucristo descubre la verdad profunda del hombre, tanto en el abismo de la perdición como en la grandeza de la salvación. Es comprensible que si el nivel en que nos situáramos para definir al hombre fuera primordialmente social y colectivo, habríamos marginado una dimensión esencial de la concepción cristiana. En todo caso el discurso de las comunidades neocatecumenales llega a esa hondura. Si este fondo está iluminado por la Palabra de Dios, si ahí ha llegado la liberación del Espíritu de Jesús, el hombre está radicalmente salvado. Si ese fondo está sin remover y sin purificar, el hombre sentirá un vacío mortal, aunque goce de salud, viva en la opulencia y disfrute de todas las posibles oportunidades de la vida. Por esto el veneno de la muerte existencial no cesa —más bien se acrecienta— en nuestras sociedades.

En esa situación existencial del hombre, esclavizado por el temor a la muerte, resuena el kerigma de la resurrección de Jesús como una buena noticia, como una alegre noticia. ¡Es posible la vida! ¡Aquí y ahora se te ofrece gratuitamente la vida! El cristianismo consiste básicamente en este anuncio. La predicación de Jesús era Buena Noticia (cf. Mc 1, 14), y lo mismo la predicación apostólica (cf. Act 5,42).

Jesucristo ha roto el cerco de muerte y de pecado que nos oprime y cierra el paso hacia la libertad; ha vencido al «señor de la muerte» para que, libres, podamos cruzar la barrera que nos separa del otro y amarlo. «La muerte ha sido devorada en la victoria» (1 Cor 15, 54-57). En el hombre liberado del temor a la muerte nace el amor cristiano: el amor hasta la muerte, el amor en la dimensión de la cruz, el amor al enemigo (cf. Jn 15, 12-13; Mt 5, 43-48). Así amó Jesús. Hay una relación estrecha

entre el amor y la vida: el que ama a su hermano es un hombre regenerado por el perdón de los pecados recibido de Dios; y el amor se hace creativo en su camino. En la capacidad de perdonar al enemigo se revela el perdón de los pecados otorgado por Dios; este perdón que desencadena el amor, la comprensión, la renuncia al juicio, la vida (cf. Mt 6, 9-15). Con este renacimiento se rompe el círculo destructor existente entre el odio y la muerte.

Dios nos ha amado cuando éramos pecadores (cf. Rom 5, 6-11). En Jesucristo vencedor de la muerte por la resurrección ha sido superado todo lo que lleva el sello de la muerte. No se trata sólo de la garantía de la resurrección final para el más allá, sino también del poder de la vida nueva en medio de nuestra existencia marcada por la precariedad, por el dolor, por la cruz, por lo mortificante. En virtud del Espíritu, que resucitó a Jesús de entre los muertos, se produce en el cristiano la inversión gloriosa de muerte en vida. Enardecido con la experiencia de libertad, de triunfo, de alegría y de agradecimiento puede todo cristiano preguntar con san Pablo:

«¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado; y la fuerza del pecado es la ley. Pero, ¡gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!» (1 Cor 15, 55-57).

Hay, como muestra la exégesis paulina, una correspondencia entre Génesis 3 y la victoria de Jesucristo sobre la ley, el pecado y la muerte. La teología de Pablo es, efectivamente, para las comunidades neocatecumenales la clave de lectura. Su fuerte concentración en la muerte y resurrección de Jesucristo, su acentuación existencial en

el poder del pecado y en la sobreabundancia del poder de la gracia, su insistencia en la cruz, en la fe y en la gratuidad, el puesto del Espíritu en la existencia nueva... son también acentos del camino neocatecumenal. Por supuesto, acentuar algo no equivale a excluir el resto; pero los acentos determinan las aristas, crean las características peculiares, condicionan la fuerza y la debilidad.

Jesucristo muerto y resucitado es la obra de Dios que se nos ofrece gratuitamente para que nuestros pecados sean destruidos y nuestra muerte sea aniquilada. Jesús es el camino que Dios ha abierto en la muerte. Por el poder del Espíritu Santo todos podemos pasar de la muerte a la vida. Al actuar así ha mostrado Dios el amor que nos tenía; no decía verdad la serpiente al presentar a Dios como enemigo del hombre. En la obediencia a la voluntad de Dios reside la vida del hombre; y en la desobediencia del pecado está su muerte y su despojo.

Dios nos ha amado porque sufríamos, porque estábamos destruidos, porque vivíamos esclavizados, porque éramos pecadores. El hombre, más que pecador, es un cautivo. Hay aquí una intuición profundamente cristiana; a veces la consideración exclusivamente ética del pecado nos ha impedido ver sus dimensiones «teológica» y existencial. Jesús reprochará a los fariseos su cumplimiento de la Ley como justicia insuficiente ante Dios, y defenderá a los pecadores porque están agobiados por el peso. Dios ha tenido misericordia de nosotros y en Jesucristo nos ha tendido la mano. Este es el verdadero rostro de Dios; no el que el tentador insinúa, ni el que el hombre pretendidamente justo se ha forjado. Lo que en Rom 5, 6-11 se dice sobre la iniciativa de radical bondad de Dios en relación a nosotros aparece en el comportamiento de Jesús.

El trato de Jesús con los pecadores, con los pobres, con los ignorantes, con los necesitados es un rasgo firmemente acreditado por la investigación histórico-crítica. Jesús ha cambiado el orden entre penitencia y salvación vigente en el judaísmo de su tiempo. Para Jesús, de la gracia brota la conversión. El que Dios es bueno y abre el camino de la vida con el anuncio del Reino que viene es la esperanza para todos los destruidos. Dios nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4,19). Por esto es evangelio la noticia de la cercanía del reinado de Dios y el kerigma apostólico de la muerte y resurrección de Jesús. Sólo Dios nos acoge como somos sin escandalizarse de nosotros. Este núcleo, fuertemente acentuado en las comunidades neocatecumenales, está en el corazón del cristianismo. Jesús fue gracia de Dios tan irritantemente desmedida para los fariseos como tan reconfortadora para los excluidos. Borrachos, drogadictos, asesinos, prostitutas... pueden encontrar en la Iglesia la esperanza de regeneración sin ser acusados. Son acogidos como son; y esta acogida, que transparenta el amor de Dios, será impulso regenerador. Dios ama al pecador; y este amor conducirá a la obediencia y a la felicidad.

En presencia de este anuncio el hombre está invitado a creer, si quiere recibir la vida que resiste a todas las amenazas de la muerte, es decir, la Vida Eterna.

«¿Qué hemos de hacer, hermanos? Pedro les contestó: Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados» (Act 2, 37-38).

Al creer en el Evangelio comienza el camino de la vida.

El anuncio de la resurrección abre el camino neocatecumenal. Por él se inicia la formación de la comunidad y la reconstrucción de la Iglesia. Desde la pastoral se entiende fácilmente que hoy es ineludible la iniciación en la experiencia personal de la conversión (1). No falta tanto información religiosa, cuanto el vigor de la fe, que procede de que en medio de nuestro mundo el hombre «sabe» que ha recibido la potencia salvadora de Dios. Carecer de este encuentro personal es la principal flaqueza cristiana frente al mundo en avanzado proceso de secularización y tan fuertemente impregnado por el ateísmo. El kerigma de Jesucristo, vencedor de la muerte, es, además de inicio de la comunidad, fundamento permanente de la misma. Constantemente será recordado que Jesús es la piedra angular y que «no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos» (Act 4, 12).

b) Camino de fe y de conversión

Los que han acogido el kerigma comienzan comunitariamente, como pueblo, una marcha, un itinerario. Es un camino de fe y de conversión, a lo largo del cual aprenderán personalmente lo que es creer. La fe es ca-

1. Cf. K. RAHNER, *Conversión*, en: *Sacramentum Mundi*, 1, col. 981: «En la edad del ateísmo, que declara no poder hallar en la cuestión de Dios sentido alguno ni siquiera como cuestión, ni descubrir en absoluto ninguna experiencia religiosa, este arte mistagógico de la conversión no tiene hoy día como fin primero e inmediato la decisión moral, sino el entrar (o hacer entrar) en sí mismo y la libre aceptación de una fundamental experiencia religiosa de la ineludible referencia del hombre al misterio que llamamos Dios».

mino. Aquí aparecen dos paradigmas para el cristiano: Abraham y María.

Abraham es el padre de los creyentes (cf. Rom 4) y el modelo de los justificados por la fe. A Abraham le fue hecha la promesa de un hijo y de una tierra (cf. Gén 12, 1 ss.); y efectivamente, aun siendo anciano, Dios le dio un hijo de Sara, su mujer estéril (cf. Gén 17, 15 ss.; 21, 1-7). Cuando Dios le pidió a Isaac, el hijo querido de Abraham y nacido de la promesa, el patriarca obedeció y Dios en el monte proveyó con un cordero. (cf Gén 22, 1-18). Abraham en su historia vio que Dios es fiel; aprendió existencialmente a creer. Apoyado en Dios recibe la fecundidad de su promesa (cf. Heb 11, 8-19).

María ha hecho un itinerario de fe (2). Ha recibido una noticia, la ha creído, ha concebido en su seno, ha gestado, ha dado a luz al Hijo del Altísimo (cf. Lc 1, 26-38; 8, 21; 11, 28). En el cristiano debe reproducirse este camino fecundo; también a él, por el poder del Espíritu, le nacerá un «hombre nuevo», si cree en la Palabra, la conserva en el corazón, y la retiene en la vida. María es no sólo modelo de la fecundidad de la fe virginal en el cristiano; es además comienzo y ejemplo de la Iglesia. En el seno de la Iglesia será gestado el catecúmeno hasta que nazca en la fuente bautismal. La grandeza de María consiste en su fe. «Feliz la que ha creído que se

2. Cf. *Lumen Gentium*, 58. «Precisamente por esta fe colmada de fidelidad se convierte María en tipo de la comunidad de los que escuchan la Palabra de Dios y la guardan» (O. SENMELROTH, *Comentario al capítulo VIII*, en: *Lexikon für Theologie und Kirche*. Das Zweite Vatikanische Konzil. Dokumente und Kommentare I [Freiburg i. Br. 1966] p. 333). Cf. JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater*, n.º 14. Entre la fe de Abraham y la fe de María hay «analogías que sorprenden».

cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor» (Lc 1, 45).

Este camino—seguidores del Camino fueron llamados los discípulos del Señor (cf. Act 9, 2)— es un auténtico catecumenado (¿no se abusa actualmente de esta palabra?), es decir, una iniciación a la fe, a la conversión y al bautismo; aunque por tratarse de un catecumenado posbautismal, se llama «neocatecumenado» (3). En un proceso de años descubrirán los catecúmenos las riquezas del bautismo, escondidas y apenas degustadas. A través de etapas, pasos y escrutinios se hará un descenso por la conversión en las aguas de la muerte de donde saldrá un hombre nuevo creado por el Espíritu de Dios. «Bautizar» significa etimológicamente «sumergir en el agua» (cf. Rom 6, 3); este símbolo reclama la conversión como un «descenso» interior.

Bajar los peldaños de la fuente bautismal (recuérdese cómo eran los baptisterios primitivos) es el símbolo de una conversión, de una *kénosis*, de un descenso a la auténtica realidad del hombre. Bajando encuentra el hombre su verdad.

«Humildad, dirá santa Teresa, es andar en verdad»
(4).

Poco a poco van cayendo las máscaras detrás de las cuales se esconde y defiende el hombre. Estas máscaras, por otra parte, al ser imágenes sociales, le imponen una manera inauténtica de vivir y de actuar. Al principio

3. Cf. *Notitione* 85 (1973) p. 280.

4. *Moradas Sextas* 10, 8, en: *Obras Completas*, Madrid 1962, p. 415.

nadie se siente concretamente pecador, nadie tiene enemigos; todos tienen mucha fe, todos aman mucho. Con el espejo de la comunidad cada uno irá descubriendo que necesita pedir la fe a la Iglesia, que es justamente lo que tendrá lugar en el escrutinio primero. Antes de comenzar a construir es necesario desmontar.

A lo largo del camino, y a medida que la Palabra de Dios va iluminado, se aprenden tres lecciones trascendentales. La primera y fundamental es que Yavé, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, es el *único Dios*; y en consecuencia, amarle con todo el corazón es vivir (cf. Dt 6, 4-9; Lc 10, 25-28). Cantar el *shemá* es recordar y confesar la unicidad, no simplemente teórica sino práctica, de Dios. Frente al único Dios quedan descubiertos en su incapacidad salvadora y en su tendencia a ser convertidos en ídolos el dinero, el trabajo, los afectos...

La conversión a Dios se realiza en el centro de la vida, desde las realidades que acaparan el corazón del hombre. La fe en Dios replantea la vida en totalidad. La conversión cristiana es mucho más que la renuncia a ciertas cosas fácilmente objetivables y cuantificables; se trata de medirse el hombre por las tres tentaciones que padeció Jesús. El Tentador instiga al hombre para que se asegure en el dinero, rechace su historia y se postre ante los ídolos. Estas tentaciones, que seguramente acompañaron a Jesús en su actividad pública y que fueron redaccionalmente adelantadas por los evangelistas al comienzo de su predicación, no son tentaciones distantes del hombre actual. Ahondando en su sentido, nos descubrimos también acechados por ellas. Todas atentan contra el puesto único debido sólo a Dios.

El hombre, como el pueblo en el desierto, quiere el

pan aquí y ahora, sin depender de Dios; busca asegurar su vida en el dinero, en lugar de confiar en la providencia del Padre celestial. Jesús fue tentado en su historia; si desde el pináculo del Templo se arroja y los ángeles lo recogen en sus manos, todo el pueblo, al ver el prodigio, tendrá que reconocerlo como el Mesías. ¿A dónde va Jesús, un *rabbi* desconocido procedente de Nazaret, un oscuro lugar? ¿Qué pretende con un puñado de discípulos, que a duras penas lo comprenden? ¿A eso se llama el Reino de Dios que viene? (5). Cada hombre es tentado en su historia. ¿Acaso Dios le ha amado al nacer en tal lugar, de tales padres, con tales limitaciones...? Por fin, no sólo Israel hizo su ídolo de oro, todo hombre es tentado de idolatrar el poder, de ser cautivado en su dependencia, de postrarse ante la «causa» que puede tener tantos nombres, de arrastrarse ante otros hombres. Sólo el reconocimiento de Yavé como único Dios otorga la libertad verdadera (cf. Mt 4, 1-11). Israel cayó en las tentaciones; pero Jesús fue totalmente fiel, y abrió el camino de la fidelidad. A la luz de la psicología y de la sociología puede entenderse qué profundas son las raíces que aprisionan al hombre en el tener, en el poder, en el saber, en la afectividad, en la propia imagen proyectada... Por ello, aclarar vitalmente este fondo es liberar al hombre.

El catecúmeno deberá dar signos elocuentes de que el dinero no es su dios. Aprenderá a amar, por ejemplo, a los hijos sin quererlos a su imagen y semejanza, sino a quererlos bien desde Dios que los hizo personas libres. En el camino descubrirá los traumas de su historia y

5. Cf. G. BORNKAMM, *Jesús de Nazaret* (Salamanca, 1975) p. 76. Cf. mi libro *Jesús, el evangelio de Dios* (Ed. Encuentro, Madrid 1985) pp. 189 ss.

aprenderá a reconciliarse con ella. Se trata de pasar de la convicción de que, porque Dios no te ama, te ha ocurrido esto o lo otro, al reconocimiento de que en tu historia Dios te ama y te salva. Es un descubrimiento de primer orden comprender que la cruz es signo del amor de Dios y no expresión de su indiferencia o de su animosidad; en el dolor el hombre sondea las dimensiones reales de su existencia y desde la fragilidad es más fácil la apertura a Dios.

El catecúmeno está llamado a heredar una bendición (cf. 1 Ped 3, 9), a «decir-bien» de Dios a la vista de su vida, a no devolver a los hombres mal por mal (cf., Rom 12, 17). Cuando el hombre puede bendecir a Dios desde el corazón de la vida, ha encontrado radicalmente la paz.

Toda la historia de la salvación de Dios con su pueblo se reproduce de alguna forma en la historia singular de Dios con cada persona. Este principio tendrá también vigencia a la hora de leer e interpretar la Escritura como la clave de nuestras tentaciones y de las llamadas de Dios a la conversión. Con el poder de Dios serán exorcizadas todas las realidades en las que se apoya idolátricamente el hombre; la conversión consistirá en reducirlas de ídolos, a los que se pide la vida, a criaturas de Dios, en cuyo trato el hombre bendice al Señor. Se debe vigilar contra todo pesimismo: las cosas son buena creación de Dios, pero el hombre, al pecar, las degrada a la condición de ídolos y por ello deben ser rescatadas en el dinamismo del hombre redimido.

El segundo escrutinio es una confrontación profunda con las tentaciones del dinero, de la historia y de los ídolos. Es un paso decisivo en el camino neocatecumenal.

La libertad ante el dinero deberá acreditarse muy realisticallyamente, porque los autoengaños son particularmente sinuosos y las recaídas son en este punto tercamente insistentes. La renuncia al dinero desencadena la fidelidad del hombre a Dios, es una muestra tangible de confianza en el Dios que provee, es lugar hermenéutico para comprender el cristianismo (6), y es condición de fraternidad humana y universal, como aparece espléndidamente en Francisco de Asís. La renuncia a los «intereses» económicos, políticos, ideológicos, etc., que cualifica al «alma de pobre», abre la senda de la verdad.

El segundo descubrimiento en el proceso de conversión es el del *pecado* sin autodefensas, sin torturas y sin desesperanzas. Este descubrimiento vital sitúa al hombre en su realidad profunda; así, podrá reconocer que sólo Dios es bueno y que únicamente a El se debe la gloria; y además le nacerán entrañas de comprensión para no condenar al hermano. Un borracho no acusa a otro borracho. Dios ama al hombre porque es indigente y pecador. Y el perdón gratuitamente recibido posibilita y reclama perdonar al enemigo.

«Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros»
(Col 3, 13).

El reconocimiento del pecado purifica radicalmente el corazón y confiere una mirada penetrante para ver en el hombre los subterfugios y las ideologizaciones deformantes. Por este camino se recupera la auténtica libertad de palabra que anuncia y denuncia.

6. Cf. J. SOBRINO, *Resurrección de la verdadera Iglesia. Los pobres, lugar teológico de la ecclesiología*, Santander 1981, pp. 109 ss.

El tercer descubrimiento es la *cruz gloriosa*. Dios resucitando a Jesús ha cambiado la muerte ignominiosa de la cruz en motivo de esperanza, de gloria y de salvación. La cruz ya no destruye al hombre unido a Jesucristo por la fe. La cruz, que es la sabiduría de Dios en el misterio (cf. 1 Cor 2, 7), es la llave para descifrar el universo. El catecúmeno aprenderá a mirar la cruz como el lugar del encuentro con Dios, que con su necedad confunde la sabiduría del mundo y con su debilidad vence el poder de los orgullosos. Dios ha provisto en la cruz de Jesús para que tus «muertes» no te maten. En el misterio de la cruz «se juntan la verdad y la vida» (7); verdad revelada por la Palabra de Dios a los oyentes, es decir a los catecúmenos, y vida ofrecida por el Espíritu que resucitó a Jesús de entre los muertos. Muerte es todo lo que destruye (trabajo, enfermedad, familia...); es decir, aquello que uno arrojaría lejos de sí inmediatamente; pues bien, todo lo que tiene rostro de muerte ha sido vencido en Jesucristo. A este descubrimiento son conducidos los que recibieron las catequesis e iniciaron el camino comunitario en el primer escrutinio que abre propiamente el catecumenado al presentárseles la cruz gloriosa, en la que serán marcados.

Jesús es el Siervo de Dios, que según los famosos cantos de Isaías es sostenido por Dios, ha recibido una lengua de discípulo, no tiene aspecto humano, ha cargado con los pecados del mundo... (cf. Is 42, 1-9, 1-6; 50, 4-11; 52, 13-53, 12). El Siervo de Yavé es la única verdad para el hombre. Es la contradicción de los espíritus: para muchos es escándalo, para otros es levantamiento salva-

7. Cf. L. BOUYER, *Initiation chrétienne*, Paris 1958, pp. 79 y 99 ss.

dor. Desde un punto de vista exegético puede verse cómo todas las fórmulas paulinas en que se habla de la muerte de Jesús por nosotros remiten a las palabras de la cena de despedida (E. Käsemann), y cómo éstas se conectan con el cuarto canto del Siervo de Yavé. Este Siervo fue presentado desde el principio en las catequesis bautismales (cf. 1 Ped 2, 21-25) (8).

Jesús como Siervo de Yavé e Hijo de Dios dijo «sí» incondicionalmente a su Padre en la cruz; a través de la obediencia fue consumado (cf. Heb 5, 7ss.). Murió como un cordero llevado al degüello sin resistencia; no siguió el camino indicado por la astucia de la serpiente, en que veía Bloch la liberación del hombre. Pero la última palabra no es la muerte; la resurrección de Jesús es la garantía de que la obediencia lleva a la vida, de que Dios es bueno y fiel, de que no tenía razón la serpiente, de que el Cordero es también el León vencedor (cf. Apoc 5, 5) y «Señor de Señores» (Apoc 17, 14). El rostro de Dios y las dimensiones de su salvación se revelan en la muerte y resurrección de Jesús.

Hablar del Siervo de Dios es un discurso constitutivo cristiano; y al mismo tiempo, dado que en ocasiones se ha pervertido en resignación y pasividad, es muy delicado. R. Bultmann reconoció que si en algún lugar encontramos el sello de la originalidad de Jesús es indudablemente en los textos siguientes:

8. Cf. M.E. BOISMARD, *Quatre hymnes baptismales dans la première Épître de Pierre*, París 1961.

«Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pues yo os digo: No resistáis al mal; antes bien, al que te abofetea en la mejilla derecha ofrécele también la otra» (Mt 5, 38-39) (9).

«Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan» (v. 44).

Silenciar estas palabras sería una infidelidad cristiana. Pero evidentemente son escandalosas y delicadas. Por supuesto, no pueden ser instrumentalizadas en provecho de una ideología de sumisión. Además deben ser confrontadas con la forma concreta como Jesús realizó la condición de Siervo: su palabra y sus gestos no muestran la debilidad de que habló F. Nietzsche; y, no obstante, por encima de todo murió perdonando y remitiendo el juicio a Dios. La cruz y el Siervo de Yavé son revelación «en el misterio»; nunca pierden su carácter escondido; no son como un enigma que una vez resuelto se desvanece. Pero ¡dichoso el que haya «comprendido» el «misterio» de la cruz!

Es un hecho acreditado en las comunidades neocatecumenales que en el interior del proceso de fe y de conversión hacia el bautismo se recupera con vigor el sacramento de la conversión, de la penitencia. Según el testimonio de los presbíteros, las comunidades han for-

9. «Todas estas palabras (las citadas arriba de Mt 5, 38-48) contienen algo característico, nuevo, que va más allá de la sabiduría y piedad populares; y sin embargo tampoco es específico de los escribas y rabinos o de la apocalíptica judía. Por tanto, si en algún sitio, es aquí donde tiene que encontrarse lo característico de la predicación de Jesús». (*Die Geschichte der synoptischen Tradition*, Tübingen 1970, p. 110).

talecido decisivamente la celebración del sacramento en sus parroquias, e incluso a veces la han rescatado del olvido. Teológicamente este dato es comprensible. El bautismo fue desde el principio el gran sacramento de la conversión; y el sacramento de la reconciliación fue como un «segundo bautismo», como «una tabla de salvación después del naufragio». Además, la penitencia es insertada en un proceso de conversión y dentro de una comunidad. La connotación bautismal, la conversión continua ante la misericordia de Dios mostrada en su Palabra, y la eclesialidad son dimensiones insustituibles en la celebración del perdón. En el camino neocatecumenal se descubre con claridad el pecado que paga al pecador con muerte; y es vivenciada con intensidad la perspectiva comunitaria del pecado y de la reconciliación. En la primera celebración penitencial, precedida por una catequesis teológicamente bien centrada y muy elocuente, los participantes descubren gozosamente lo que significa haber recibido el perdón de Dios junto con otros en la Iglesia. El perdón recibido libera al hombre para poder comunicar con los demás y poder compartir alegremente el pan y la fiesta.

En este proceso de fe y de conversión son integradas otras realidades fundamentales. Si con el anuncio de Jesús muerto y resucitado se ha comenzado a recibir la vida y a ser iluminado en la historia, entonces poco a poco será reconocido con agradecimiento como el *Kýrios*, a quien está todo sometido. Desde la función soteriológica se pasa al encuentro con la persona de Jesucristo, desde el poder del Resucitado se reconoce su divinidad. Este proceso catequético conecta con el dinamismo de las discusiones cristológicas de la Iglesia primitiva, y es altamente recomendable en nuestro tiempo en que el hombre necesita

reconstruir personalmente la identidad cristiana desde la base.

El mismo proceso tiene lugar a propósito de la *Vida Eterna*. Si el catecúmeno ya vive una Vida que pasa por encima de la muerte (porque ama al enemigo y no huye de su historia), es decir, una Vida que es eterna, entonces con esta experiencia se robustece la esperanza de la Vida en plenitud más allá de este mundo. La vida comenzada es una garantía de la consumación de la promesa y de la esperanza. Recuérdesse cómo concibe la teología la hermenéutica de las fórmulas escatológicas (10). La plenitud se adelanta en la salvación recibida. La escatología es el horizonte del cristianismo; y horizonte no es sólo la raya que delante de nosotros siempre nos precede sino también el ámbito dentro del cual caminamos.

Pues bien, dentro de este horizonte escatológico se descubre también la realidad del juicio y del infierno. El evangelio de Jesús implica un juicio: salvación o ruina. El don recibido se mide también por el abismo de la pérdida; en lo que se incurre al negarse a creer no es en una zona indiferenciada, sino en la «muerte eterna»; si no se entra en la sala de fiestas, se sale a las tinieblas.

10. Cf. K. RAHNER, *Principios teológicos de la hermenéutica de las declaraciones escatológicas*, en: Escritos de Teología IV, Madrid 1964, pp. 411-439. «La tesis fundamental... consiste en que el futuro auténtico... en su proyecto prospectivo... es conocido desde dentro de la experiencia presente de la salvación» (p. 435). J. ALFARO, *Escatología, hermenéutica y lenguaje*, en: Salmanticensis 25 (1980), pp. 233-246. «Solamente se podrá hablar significativamente sobre el *éshaton* cristiano, en sí mismo todavía escondido, si ya en el presente hay signos anticipadores de este «último» por venir. El lenguaje escatológico no podrá ser sino el lenguaje proléptico de la esperanza» (p. 235).

Un cristianismo donde la escatología incoada y consumada no cumpla el cometido desempeñado claramente en la Iglesia primitiva, es claudicante y poco serio. Espera al pueblo peregrino un descanso (cf. Heb 4, 9); y para los infieles hay un riesgo de perdición definitiva. Las encuestas sobre la situación religiosa contemporánea nos muestran el desnivel entre el reconocimiento de la existencia de Dios y la esperanza más allá de la muerte; muchos aceptan a Dios y niegan el «más allá». Esto constituye un interrogante a la Iglesia, y le señala una tarea imprescindible en la iniciación cristiana.

La existencia del cristiano, se dice frecuentemente en el camino neocatecumenal, es escatológica; está permeada por la Vida Eterna y desemboca en la plenitud de la misma. Rasgos de la existencia escatológica son obviamente aquellos que no encajan en los criterios de quien prescinde de Dios y se encierra en la cismundanía. Los cristianos como hijos de la luz han recibido la iluminación de la resurrección que anticipa la plenitud; por ello, puede haber gozo en la tribulación, renuncia a asegurarse la vida en este mundo, amor de la segunda venida del Señor, deseo del encuentro definitivo con El, etc.

El proceso de conversión y de fe descubre al Padre de nuestro Señor Jesucristo. Si en Jesús hemos conocido la obra de Dios para nosotros, entonces somos conducidos por el Espíritu de Jesús a invocarlo como nuestro *Abbá*. También el hombre secularizado y ateo puede iniciar el itinerario de la fe cristiana. El camino no presupone la fe; es un camino para recibirla. Más tarde la Iglesia entregará al catecúmeno el símbolo de la fe y el catecúmeno se la devolverá profesándola en público y testificándola a la vista de lo operado por Dios en su vida.

Este proceso de fe en la divinidad de Jesús, en la Vida Eterna, en Dios como Padre se refleja efectivamente en los miembros de la comunidad. En algunos con una radicalidad sorprendente, ya que arrancan prácticamente de cero. Al principio nada se exige del que comienza el camino sino que escuche con un corazón abierto la Palabra de Dios. Esta Palabra será como el germen de la fe y de una criatura nueva (cf. 1 Ped 1, 23); y en la medida en que crece el hombre renacido del Espíritu (cf. Jn 3, 1 ss.), le será posible y deberá acreditar con las obras la vida nueva. La actuación del Espíritu de Jesús se manifiesta en el amor en la forma y en la medida de la cruz.

En la recuperación vital de las realidades cristianas se advierte que estamos, efectivamente, ante un camino de iniciación; en el itinerario se afirma la fe como actitud y los contenidos de la misma se van recuperando de una forma gradual.

c) La comunidad como realización de la Iglesia

La predicación kerigmática tiende a la constitución de la comunidad, para que en ella como en un seno materno sean los catecúmenos gestados en la fe; la Iglesia-madre se hace presente en la pequeña comunidad. No son un ciclo de charlas sin prolongación, sino el punto de partida de un proceso comunitario. La comunidad neocatecumenal no es un grupo espontáneo, ni una «comunidad de base», ni una asociación de laicos, ni un movimiento de espiritualidad, ni un grupo de élite dentro de la parroquia.

La comunidad neocatecumenal es la Iglesia de Jesucristo que se realiza en un lugar determinado. Allí donde

se proclama la Palabra de Dios, donde se celebran los Sacramentos del Reino, cuya «fórmula concentrada» es Jesús resucitado, donde en concreto los hombres se encuentran como hijos de un mismo Padre y como «aproximados» en Jesucristo..., allí se hace presente y realiza y manifiesta la única Iglesia de Dios, santa, católica y apostólica. En este sentido, Iglesia local puede ser la catedral del obispo, la parroquia presidida por el párroco y la comunidad cristiana más pequeña presidida por un presbítero en comunión con su obispo (11). El haber dado tanto relieve a la comunidad local que cree, celebra la Eucaristía, vive en fraternidad y de esta forma cercana es signo para los hombres, constituye una de las novedades de más largo alcance del Vaticano II (12). La comunidad neocatecumenal es una realización local de la iglesia infra e intraparroquial. La eclesialidad constitutiva de la condición cristiana pasa por la comunidad, que crece en el ámbito parroquial que está a su vez en comunión con el obispo de la diócesis. En este punto es claramente perceptible la perspectiva conciliar. Sin el Vaticano II no habría sido pensable el camino neocatecumenal como comunidad de comunidades, según dijimos arriba.

La comunidad está siempre presidida por un presbítero, está insertada en la parroquia, y para abrir el camino neocatecumenal en una diócesis reciben los catequistas el encargo del obispo. El los acoge y los envía. Las relaciones de los catequistas con el obispo y con el

11. Cf. *Lumen Gentium*, 26; *Sacrosanctum Concilium*, 41-42.

12. Cf. K. RAHNER, *Das neue Bild der Kirche*, en: *Schriften zur Theologie VIII*, Einsiedeln 1967, pp. 333-337. Esta novedad conciliar ha surgido por el retorno a las fuentes del cristianismo y anuncia un futuro fecundo.

párroco son siempre transparentes. No existe la mínima ambigüedad por lo que se refiere a la comunión eclesial. No hay una doble jerarquía en la comunidad: una que iría desde Kiko, pasando por los catequistas de la comunidad y llegaría al responsable de la misma, y otra que partiendo del obispo pasa por el párroco y, eventualmente (si hay más de una comunidad en la parroquia), al presbítero de la comunidad.

El camino neocatecumenal es un instrumento de Dios para la reconstrucción de la Iglesia aquí y ahora (13). En esta reconstrucción los catequistas son enviados por el obispo y trabajan en comunión con el párroco. Donde se abre el camino, ellos asumen la responsabilidad de conducirlo a término; una vez que los catecúmenos renuevan las promesas del bautismo, han cumplido su tarea los catequistas, y le presentan al obispo esos cristianos adultos. Caso de surgir algún conflicto, los catequistas sólo piden que se atienda a los catecúmenos y que si continúan el camino neocatecumenal sea sin adular; si por la actitud del párroco esto no es ya posible, se retiran de la parroquia definitivamente los catequistas. Sería desleal que éstos utilizaran formas de presión y maniobras oscuras contra el párroco, o que el párroco se aprovechara del grupo creado en la parroquia para orientarle por caminos personales suyos, legítimos en principio, pero distintos de aquellos para los que él llamó a los catequistas y un grupo de personas se constituyó. Por supuesto, no están

13. Sobre el tema de la reconstrucción de la Iglesia hoy cf. PABLO VI, Discursos de los miércoles desde el 7 de julio al 15 de agosto de 1976, en: *Insegnamenti di Paolo VI*, XIV, Ciudad del Vaticano 1977, pp. 544 ss.

excluidos los conflictos, pero la mutua comunicación los resuelve. En última instancia el obispo tiene la palabra.

La Iglesia, que se va construyendo en la comunidad, es el «cuerpo visible de Cristo resucitado». Aparece como el signo de que el poder de Jesucristo vencedor de la muerte rompe las barreras entre los hombres y crea la *koinonía*, la comunión. «Si nos amamos, es que resucitó», dice uno de los primeros cantos del camino neocatecumenal. «Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos (1 Jn 3, 14). La Iglesia es el «cuerpo», es la magnitud social, donde se manifiesta ante al mundo que la muerte está vencida para los que creen en Dios que resucitó a Jesús y se dejan conducir por el Espíritu del Resucitado. La Iglesia hace ver que la fe toma cuerpo y que la promesa de Dios se acredita históricamente.

La Iglesia es al mismo tiempo comunidad reunida y realidad confesada en el símbolo de la fe en conexión con el Espíritu. Creemos en el Espíritu Santo, que habita, sostiene, actúa en la Iglesia. La Iglesia es el espacio de la presencia y acción del Señor Jesús por medio de su Espíritu. En la unidad indisoluble de «comunidad» y de «medio de salvación» es la Iglesia «sacramento de salvación».

El catecúmeno va descubriendo poco a poco las dos perspectivas. Uno de los descubrimientos más sorprendentes es que pasado algún tiempo en el camino el cristiano comienza a comprenderse como «parte de un todo», como miembro de una comunidad. El otro es un don de Dios, y no un potencial adversario. Con vigor experimentará que no hay posibilidad de ser cristiano sin la Iglesia, que él encuentra concretamente en la comu-

nidad. Comienza a tomar como tarea propia la comunidad. La Iglesia va naciendo poco a poco en su alma, y así rompe su individualismo religioso. Deja de considerar a la Iglesia como externa y extraña. Ante la dificultad para suscitar la responsabilidad de los laicos descubre gozosamente el párroco en los miembros de la comunidad una corresponsabilidad, no simplemente de suplencia o coyuntural, sino la nacida por la vivencia de la Iglesia como comunión en un mismo Espíritu. Por aquí se advierte también cómo la formación del laicado supone la iniciación cristiana. Pasa el catecúmeno de considerar a la Iglesia como una organización de servicios religiosos a considerarla como una comunidad de hermanos, por los que debe preocuparse también. Son los *domesticos fidei* de que hablaba san Pablo (cf. Gál 5, 10).

Junto con otros hermanos descubre (cada uno) la fuerza nutricia de la Iglesia. La Iglesia, en la comunidad, comienza a ser comprendida como una madre que gesta en la fe. Dentro de la Iglesia, a la que comienza a amar, ha recibido el Espíritu de Jesucristo que le va rehaciendo por dentro. La imagen, que en otros tiempos pudo tener de una Iglesia con un aparato grande y vacío, se quiebra. Va amando su pasado, se siente embarcado en la misma nave y se corresponsabiliza de su futuro. Este descubrimiento de la Iglesia, que fue un contenido fundamental del catecumenado primitivo (14), es un hallazgo fecundo.

Descubrir el carácter sacramental de la Iglesia, es decir, el que la Iglesia es el ámbito en que el Espíritu Santo habita y actúa salvíficamente —así es interpretado el artículo tercero del símbolo de la Tradición Apostólica

14. Cf. L. BOUYER, o.c., 77-96.

de Hipólito, precedente del símbolo apostólico (15)— es vital para todo cristiano. Cuando actualmente es a veces cuestionada la relación interior de la Iglesia con Jesucristo y su Espíritu, se toca un centro extraordinariamente sensible del cristianismo. Sólo en cuanto sacramento de salvación es la Iglesia lugar del perdón, del encuentro con Dios, de la regeneración, de la esperanza escatológica... La Iglesia es el cuerpo de Jesucristo resucitado en medio del mundo; no es simplemente una agrupación de personas que se proponen seguir la «causa» de Jesús. Inseparablemente es la Iglesia comunidad confesante y realidad creída, sujeto portador de la fe y casa habitada por el Espíritu.

Entra en la comunidad el que acoge en su vida el kerigma predicado y desea hacer un camino de fe y de conversión. No hay otras condiciones. Hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, casados y solteros, cultos y analfabetos, ricos y pobres, curas y monjas... forman parte de la comunidad. Nadie es privilegiado (cf. Gál 3, 27-29; Col 3, 11). No es un grupo especializado, del que se forma parte porque, además de querer profundizar en la fe, se pertenece al mismo medio social, al mismo grupo humano, al mismo estado de vida, etc. La comunidad es una «muestra» sociológica de mundo y es «cuerpo» diversificado de Jesucristo. El que todas las barreras de edad, sexo, cultura, dinero... sean abatidas y nazca la comunión es un indicio del poder de Jesucristo. Por este motivo es llamada y fermento en un mundo roto y dividido. Es bueno que pronto caigan los proyectos de comunidad que todos llevan consigo; este ideal proyec-

15. Cfr. P. NAUTIN, *Je crois à l'Esprit Saint dans la Sainte Eglise pour la Résurrection de la chair*, París 1947, pp. 16, 19, 26...

tado se debe más a los sueños de cada uno que a la acción que Dios quiere llevar a término (16).

Los jóvenes desde el principio del camino neocatecumenal han sido numerosos. Como dato general puede afirmarse que han prendido mejor las comunidades en los medios urbanos que en los rurales; quizá el anonimato de la ciudad protege en cierta medida la libertad del hombre; quizá la masificación padecida crea la necesidad de lugares más personalizadores; quizá la frialdad burocrática hace suspirar por espacios más cálidos; quizá el ambiente secularizado impulsa a formar ámbitos de comunicación personal de fe. Hay comunidades en algunos países donde participan cristianos anglicanos y protestantes. Existen comunidades de paganos. Muchos miembros, que según confesión propia hicieron por ejemplo en sectas un itinerario de búsqueda, reconocen que han encontrado lo que sacia ya su espíritu.

16. «La hermandad cristiana no es un ideal sino una realidad divina» (D. BONHOEFFER, *Vida en comunidad*, Buenos Aires 1966, p. 17). «Innumerables veces, la comunidad cristiana se ha quebrantado por vivir de acuerdo con un ideal» (ibid., p. 17). «Sólo aquella comunidad que atraviesa la gran desilusión con todos sus aspectos desagradables y malos, comienza a ser lo que debe ser ante Dios, comienza a alcanzar la promesa en la fe que le fuera dada. Cuanto antes llegue esta hora de desilusión para el individuo y la comunidad, tanto mejor para ambos» (p. 18). «El que desea obtener más de lo que Cristo ha fundado entre nosotros, no anhela la hermandad cristiana sino que va en busca de cualquier experiencia extraordinaria de comunidad que le fue negada en otra parte; aporta deseos confusos e impuros a la hermandad cristiana» (pp. 16-17). El que va detrás de ese «más» se resiste a aceptar en la comunidad el rostro humilde y pobre de Jesús, y se torna exigente ante Dios, ante el prójimo y ante sí mismo de forma desasosegada y peligrosa.

Debido al carácter sacramental, puede ser la comunidad, que es la Iglesia de Jesucristo en este lugar determinado, sal, luz, y fermento (cf. Mt 5, 13 ss.) (17). En ella se refleja y actúa la fuerza del Señor resucitado. La Iglesia existe por el amor que Dios tiene a todos los hombres; no existe para sí misma sino para la humanidad. La Iglesia salva al mundo mostrando el amor al enemigo, hecho posible por el Espíritu de Jesús. Los signos, a través de los cuales testificará a Jesucristo y los hombres podrán reconocerlo, son el amor y la unidad. El amor, como Jesús nos amó, es decir, en la dimensión de la cruz (cf. Jn 13, 34-35); y la unidad de los antes dispersos por el pecado (cf. Jn 17, 21). Estos signos son perceptibles por todos los hombres; también por los que no tienen fe, por los alejados. El amor y la unidad son, por otra parte, dos valores que cualquier hombre de cualquier sociedad busca consciente o inconscientemente realizar en su vida; los signos acreditativos del cristiano son elocuentes a todos los hombres y le hablan al centro de su existir.

En el fondo este camino cree que su sentido en el interior de la Iglesia está en mostrar el amor de Dios a los distanciados. Estos no son sensibles a ningún otro signo de Dios, sino a la forma nueva de relación entre los hombres que puedan ver con sus ojos. No basta el testimonio de un hombre suelto; se requiere la manifestación eclesial. El camino neocatecumenal es, por tanto, un camino de evangelización en nuestro mundo secularizado, descristianizado y descreído. Sólo una concordia clara entre fe y vida puede ser hoy signo atractivo e invitante. En este sentido es muy claro para las comunidades neocatecumenales el que existe un «dentro» y

un «fuera» de la Iglesia. Es absolutamente insuficiente un cristianismo puramente sociológico; y es equívoco hablar de un cristianismo anónimo. Otra cosa muy distinta es que sólo se salven los que entren a formar parte de la Iglesia. Dios está cerca de todo hombre y a todo hombre misteriosamente acompaña en su camino. La Iglesia está enviada como germen y signo del Reino de Dios a todo el mundo con el poder del Resucitado (cf. Mt 28, 19); pero en cuanto al número de los que se hagan discípulos no tenemos palabra del Señor. La Iglesia va ya salvando al mundo mostrando el amor al enemigo, cargando con los pecados de los hombres que la rechazan, alegrando en su seno a todos los desgraciados, intercediendo sacerdotalmente a favor del mundo, haciendo suya la misión del Siervo de Dios, manteniendo en alto la Palabra de la verdad sobre Dios, sobre el hombre y sobre el mundo.

La salud de la Iglesia se mide especialmente por el impulso apostólico. Una Iglesia tímida o pretenciosa es una Iglesia enferma. El apóstol sabe que Dios le ha indicado el último lugar (cf. 2 Cor 4, 7-12), que lleva en su cuerpo el morir de Jesús, que el Señor le precede en la misión, que es real el gozo en el rechazo padecido por el evangelio (cf. Mt 5, 11-12), que el Espíritu habla a través de los enviados...

Es admirable la capacidad apostólica del camino neocatecumenal. En 1968 pasó a Roma, y desde allí en estos años se ha extendido por todo el mundo. En esta difusión han sido decisivos los llamados «catequistas itinerantes», que, salidos de sus respectivas comunidades desde las cuales son sostenidos y a las cuales retornan de vez en cuando, han marchado atendiendo a las peticiones que se iban haciendo. Tres son las notas que caracterizan al

17. Cf. *Lumen Gentium*, 9.

apóstol, según la convicción del camino neocatecumenal: enviado por la Iglesia en sus presidentes, testigo de la resurrección por el encuentro personal con el Señor viviente, y desprovisto de bolsa y de toda seguridad. Cuando se escuchan las experiencias de los casi mil itinerantes, que hace algún verano hicieron por todo el mundo una experiencia de misión, difícilmente se puede evitar el pensar que una situación histórica semejante estuvo en la base, por ejemplo, de Mt 10. Se evangeliza para llevar a los hombres a la fe y a la conversión, para ayudar a reconstruir la Iglesia en nuestra generación a través del camino abierto por Dios. No se pretende aumentar la clientela, sino anunciar a Jesucristo muerto y resucitado como oferta gratuita de salvación para todos los necesitados de la tierra. Dado que estos itinerantes conocen de cerca el camino neocatecumenal como forma concreta de evangelización, si en un lugar no se les abre la puerta, marchan a otro; confían que otros muchos puedan beneficiarse del carisma que a ellos reanimó la vida.

La comunidad es el ámbito en que la Palabra de Dios resuena y actúa con poder; dentro de la Iglesia, cuya fe como Esposa de Jesucristo está garantizada y cuya comprensión está prometida por la unción del Santo, cobra vida la Escritura que se proclama. Palabra de Dios, Escritura e Iglesia forman una unidad indestructible, según la presentación teológicamente bien fundada que se hace en el camino neocatecumenal. En el origen de la Iglesia está—origen que se convierte en fundamento permanente de toda comunidad cristiana— el acontecimiento de Jesucristo vivo y resucitado que sigue hoy llamando a la fe y a la conversión. Al aparecerse Jesús vencedor de la muerte convoca de nuevo a sus discípulos y de esta forma nace propiamente la Iglesia. A los apóstoles envía Jesús

fortalecidos por el poder del Espíritu Santo para que sean sus testigos hasta el confín de la tierra llevando una palabra de salvación (cf. Act 1, 8). Aquellos que creen en el mensaje apostólico, reciben el Espíritu Santo y se agregan a la comunidad preexistente en medio de la cual vive Jesucristo resucitado. La Palabra predicada es un acontecimiento, lleva poder, es germen de una creación nueva (cf. 1 Ped 1, 23-25). La Palabra de Dios es como lluvia que desciende sobre la tierra y la fecunda (cf. Is 55, 10-11). Lleva la fuerza de salvar al que la acoge y de juzgar al que la rechaza. La Iglesia, por tanto, nace no de un libro sino de una palabra cargada con la fuerza del Espíritu Santo; no de un propósito de los hombres, sino de una actuación de Dios.

A los escritos ha precedido la vida de la comunidad cristiana: su actividad misionera, catequética, litúrgica, ética... En la Escritura se sedimenta la Palabra anunciada y la vida de la Iglesia. Y la Palabra precede, acompaña y desborda a la Escritura. El acontecimiento de Jesucristo vivo no se puede comprimir adecuadamente en unos escritos. En el Espíritu Santo, que anima a la Iglesia, es la Palabra de Dios generadora de hombres nuevos. Por este motivo la Escritura sin la Iglesia, sin una comunidad que testifica lo que se contiene en esos libros, es letra muerta. Con la vivencia cristiana las Escrituras cobran vida; y a su vez el cristiano comprende que dentro de las Escrituras está también contenida su propia historia. El cristiano no lee las Escrituras como desde fuera y desde lejos; las acciones de Dios, narradas en esos escritos, llegan hasta él, se realizan y cumplen en su vida. María, por ejemplo, no es un «modelo» contemplado a distancia; en el cristiano que da a Jesucristo al mundo se prolongan los dolores de parto de la madre de Jesús. Por

este motivo, escudriñando las Escrituras se escucha siempre la palabra de Dios en Jesucristo y se encuentra al mismo Jesucristo como vivo (cf. Jn 5, 39). Y al mismo tiempo descubre el cristiano una palabra dirigida personalmente a él. Jesús resucitado es el cumplimiento de las Escrituras, que a su vez se actualizan en la Iglesia. Por esta razón una asamblea cristiana, que proclama las Escrituras, es mucho más que un grupo de personas que lee unos libros; es el ámbito donde el texto está bañado por la vida, por el Espíritu Santo (18).

A través de la vida de la comunidad se percibe claramente que la Iglesia es más que la suma de sus miembros; no se resuelve en el conjunto de los catecúmenos ni en el mutuo enriquecimiento de los carismas. Los miembros son miembros del cuerpo de Cristo; los carismas son dones del Espíritu que habita en la Iglesia. La Iglesia no es sólo un conjunto de laicos, ministros ordenados y religiosos; la Iglesia es una comunidad donde hay diversos ministerios y carismas, diversas modalidades de vivir y actuar como cristianos. La comunidad, insertada en la parroquia y en la diócesis, es Iglesia-madre, familia y hogar, seno fecundo... Nadie será imprescindible, aunque todos son importantes. Nadie se lleva consigo la misteriosa sustancia eclesial; puede uno salir de ella y retornar, pero la matriz gestadora continúa. La Iglesia, en cuanto fundación de Dios, es mayor que no-

18. Cf. G. ZEVINI, *Attualizzazione della parola di Dio nelle comunità e nei gruppi ecclesiali*, en: *Attualizzazione della parola di Dio nelle nostre comunità*, Bologna 1983, pp. 205-232, esp. 217-223; F. VOLTAGGIO, *La Parola di Dio nelle comunità neocatecumenali*, en: *Incontro con la Bibbia. Leggere, pregare, annunziare* (ed. G. Zevini). Roma 1978, pp. 187-191; Y. CONGAR, *La Tradición y las Tradiciones II* (San Sebastián 1964) pp. 251-333.

sotros, más que lo que nosotros somos y hacemos. Cuando un hermano, después de alejarse durante un tiempo de la comunidad, retorna, se da cuenta de que existe una realidad que continúa más allá de las situaciones coyunturales de unos y de otros; la comunidad le precedió, le aguardó y de nuevo lo recibe.

Dentro de la comunidad es gestado el catecúmeno en la fe. La comunidad es mucho más que el resultado de los miembros que la forman; y así efectivamente se descubre, ya que cada miembro recibe más de lo que los demás pueden darle. La palabra que ha escuchado y que le ha puesto en movimiento se le vuelve llamada insistente, espejo del poder interior que la anima y realidad más vitalmente comprendida en la resonancia de los hermanos. Quizá hayan quedado en gran parte infecundas muchas formas de servicio de la Palabra (ejercicios espirituales, cursillos, charlas...) porque no ha habido comunidad dentro de la cual se escuchara su eco y fuera una y otra vez ofrecida a cada uno. La comunidad es el lugar primordial donde la Palabra de Dios es actual; su proclamación busca acogida y difícilmente no es acogida por alguien. Palabra de Dios e Iglesia van naciendo así inseparablemente en el corazón del catecúmeno.

En este fértil contexto de Palabra, Escritura e Iglesia se comprende por qué al entrar en el catecumenado se pide a la Iglesia una realidad tan personal como la fe. La Iglesia es el gran sujeto de la confesión creyente, y al crear el cristiano nace en la Iglesia. La experiencia de comunidad como atmósfera vital, como lugar de actualización de la Palabra de Dios, como espacio en el Espíritu de fe y de conversión... es una experiencia primordial del neocatecumenado.

Si no se ahonda hasta llegar a estas realidades cristianas y a la organicidad efectiva que cada miembro va percibiendo, no se comprende en absoluto la originalidad y la riqueza de este camino. Nos quedaríamos en un plano más bien fenomenológico de lo que es una comunidad y de cómo funciona; se generalizaría hasta incluir en el mismo marco a comunidades o familias de comunidades bastante dispares. Es imprescindible para emitir un juicio suficiente tener presentes no sólo los aspectos psicológicos, sociológicos y de funcionamiento eclesial, sino también y sobre todo qué cristología, qué eclesiológica, qué imagen de hombre, qué concepción de la misión cristiana... sostiene a una determinada comunidad (19).

En el interior de la comunidad van apareciendo, en la medida en que cada cristiano se deja recrear por la Palabra de Dios, diversos ministerios y carismas. La Iglesia como cuerpo de Cristo resucitado tiene muchos miembros; y en cada uno de ellos se manifiesta el Espíritu para común utilidad. Presbíteros, diáconos, responsables, catequistas, cantores, lectores, ostiarios, viudas, vírgenes, casados, etc. La común vocación cristiana reverbera mul-

19. «Aunque incompleta y necesitada de ulteriores profundizaciones y enriquecimientos, dicha evaluación (de aspectos negativos y positivos en las diversas comunidades cristianas de la Iglesia española) puede constituir, de momento, un punto de referencia suficientemente objetivo y extenso... De intento presentamos entremezcladas cuestiones antropológicas, sociológicas y eclesiales, dado que así es como se presentan a los ojos del observador en la vida de las pequeñas comunidades» (*Servicio pastoral a las Pequeñas Comunidades Cristianas*. Documento de la Comisión Episcopal de Pastoral, en: *Ecclesia*, 2073, 10 y 17 de abril 1982, n. 11, p. 19). El discernimiento debe, por tanto, ser profundizado.

tiformemente en sus miembros. Unos ministerios y carismas ya recibidos se redescubren y otros se descubren como llamada personal.

El presbítero aprende a resituarse dentro de una comunidad eminentemente activa; junto con los demás está en un camino de conversión y de fe; y para los demás representa a Cristo como Cabeza y Pastor. Los casados descubren la grandeza cristiana del amor matrimonial y la dignidad otorgada por Dios de colaborar en la transmisión de la vida humana. Su familia está llamada a convertirse en una «iglesia en pequeño». El responsable no es un paralelo del presbítero en la presidencia de la comunidad; su misión es, por una parte, enlazar con los catequistas de la comunidad que custodian la fidelidad del camino, y, por otra, preocuparse de todos los elementos organizativos y de funcionamiento de la comunidad. Hay miembros que descubren la vocación al ministerio presbiteral y comienzan a estudiar teología en contacto con un obispo y con su seminario; la floración de tales vocaciones ha sido copiosísima en los últimos años. La reciente inauguración en Roma de un seminario para la «nueva evangelización» de Europa es una muestra. Hay miembros que descubren la llamada de la vida religiosa. Hay miembros que descubren una forma especial de apostolado seglar; porque, además de la participación común a todos los laicos en la misión salvífica de la Iglesia, hay formas específicas, individuales o asociadas, de desempeñar la misión pedida por Dios (20).

20. Cf. *Lumen Gentium*, n. 33., y *Apostolicam Actuositatem*, nn. 15-22. Comenta G. Philips, a propósito del n. 33 L.G.: «Fuera de esta misión que incumbe a todos los seglares sin distinción, existe para algunos de ellos una vocación especial que los pone más directamente

No se puede identificar el apostolado laical con sus formas públicas asociadas; ni por otra parte podemos ser insensibles a las necesidades de tal apostolado asociado. Por esta razón, aunque en el posconcilio no hayan florecido los movimientos apostólicos, no se debe concluir que no haya habido actividad apostólica de los seglares; e incluso a veces espléndida. Las comunidades neocatecumenales se mueven dentro del apostolado común inherente a todo cristiano. Por este motivo en el proceso catecumenal hay una iniciación real a la evangelización, ya que dentro del catecumenado es constitutiva la actividad misionera (21). Pero esa iniciación no se identifica con la iniciación apostólica especializada que practican los movimientos apostólicos. Así como poco a poco algunos miembros descubren la llamada al presbiterado o a la vida religiosa, así otros descubren la vocación concreta a participar en formas específicas de apostolado seglar, por ej., en caritas.

Concluamos este apartado de las grandes intuiciones de fondo, que caracterizan al camino neocatecumenal. *Kerigma, camino y comunidad* son las tres dimensiones que vertebran esta iniciativa suscitada por Dios en la Iglesia

al servicio de la jerarquía. Por más extraño que parezca, el terreno está aquí sembrado de lazos. Con todo, la existencia de semejante vocación, ligada sin duda alguna al terreno carismático, no puede ponerse en discusión» (*La Iglesia y su misterio en el Vaticano II. Historia, texto y comentario de la constitución Lumen Gentium II*. Barcelona 1969, p. 43). El subrayado es del autor.

21. Según el *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* (Observaciones previas, n.º 19) por cuatro caminos llegan los catecúmenos a la madurez cristiana: iniciación en la fe, en la práctica de la vida cristiana, en las celebraciones litúrgicas y en la acción apostólica (cf. *Apostolicam Actuositatem*, 2. *Ad Gentes* 14, *Código de Derecho Canónico*, c. 788, 2).

para contribuir en la renovación de la Iglesia y en la evangelización del mundo. Las tres dimensiones están mutuamente referidas. El anuncio abre un camino de conversión y crea la comunión entre los que acogen esa palabra de salvación. A su vez dentro de la comunidad se recibe la fe o se desarrolla la fe; y se va haciendo el descenso y la *kénosis* a nuestra realidad muchas veces desconocida y rechazada. No hay dinamismo catecumenal sin la Iglesia, que a través de los enviados por el obispo llevan adelante el camino.

CAPITULO 2

DESCRIPCION DEL CAMINO NEOCATECUMENAL

Hemos visto las grandes intuiciones que alimentan y sostienen el camino neocatecumenal. Sólo descendiendo a ese nivel se comprende su originalidad, que teológicamente está bien centrada y que ha recogido armónicamente las realidades cristianas fundamentales. Por supuesto, hay unos acentos determinados, que en el interior de la comunión eclesial no sólo son legítimos sino fecundos. La descripción que haremos brevemente a continuación sobre las diversas etapas del camino supone lo dicho hasta ahora.

El camino neocatecumenal es gradual, aunque sea una expresión pleonástica. Se acomoda al ritmo de conversión y de vitalidad de la fe en las personas; sabe esperar sin exigir; y sabe urgir sin forzar. Esta gradualidad no significa graduar el evangelio, sino iniciar progresivamente en la riqueza y en las exigencias totales del mismo. El evangelio es un todo y nadie está legitimado para rebajarlo; pero es un deber de la pastoral presentarlo pedagógicamente.

El camino es ciertamente largo. No se trata de quemar etapas sino de encontrarse profundamente con Jesucristo resucitado. A veces los pastores expresan su inquietud porque parece prolongarse indefinidamente. Es comprensible esta inquietud. Pero conviene tener presente que la madurez en la fe, necesaria para la adultez cristiana y la acción apostólica, es lenta. A un candidato al ministerio sacerdotal se le piden bastantes años de preparación espiritual, teológica y apostólica; a una religiosa, antes de incorporarse plenamente a la actividad de su familia espiritual, se exigen noviciado y juniorado. ¿Es tan extraño que a un cristiano se pida un cierto tiempo para su mayoría de edad? Hay a veces una impaciencia que refleja escasa comprensión de la seriedad de la vocación cristiana seglar.

Además no advertimos que el punto de partida es o la increencia, o la desafección personal, o el espíritu anticristiano del mundo, o la religiosidad natural incapaz de resistir la fuerte secularización ambiente, o el moralismo perfeccionista de sabor farisaico, o la desmedida impregnación política de la fe en un sentido o en otro... Para que en esta situación nazca el hombre cristiano adulto, realista y esperanzado, humilde y atrevido, fraternal y «místico», testigo en medio del mundo... se requiere tiempo.

Por otra parte, no se espera a terminar el catecuminado para que vaya actuando el cristiano poco a poco dentro de la Iglesia y en el mundo. La iniciación dosifica también las acciones, que son elementos integrantes de esa misma iniciación. Seguramente con el tiempo se simplificarán las etapas, se reducirá la duración del catecuminado, se aligerarán las actividades, se facilitarán las

preparaciones de las celebraciones... Los inicios llevan consigo ciertos tanteos y lentitudes. Se hace camino al andar. Lo importante es percibir si el contenido es denso y sustancial; y si en los iniciadores existe apertura al leer los signos, las llamadas interiores y exteriores, las experiencias y las críticas.

Las distintas etapas, con cierta flexibilidad, están ya prácticamente fijadas. Su articulación va resultando del encuentro entre el catecuminado de la Iglesia primitiva y las experiencias recogidas en las comunidades pioneras (1). El primer impulso creativo ha tomado ya cuerpo, pero no está cerrada evidentemente la búsqueda.

1. Cf. A. LAURENTIN - M. DUJARIER, *Catéchumenat. Données de l'histoire et perspectives nouvelles*, Paris 1969; C. FLORISTAN, *El catecuminado*, Madrid 1972; M. DUJARIER, *Breve historia del catecuminado*, Bilbao 1986; D. BOROBIO, *Catecuminado*, en: *Conceptos fundamentales de Pastoral* (ed. C. Floristán y J.J. Tamayo), Madrid 1983, pp. 99-120. J. LOPEZ, *Catecuminado*, en: *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid 1985, pp. 150-167. En el Ritual de la Iniciación cristiana de Adultos (Roma 1976) fue precisado algún aspecto a la vista de una pregunta formulada por las comunidades neocatecumenales; cf. A. BUGNINI, *La riforma liturgica* (1948-1975), Roma 1983, p. 579. B. FISCHER en su estudio sobre el *Ordo Initiationis Christianae Adultorum*, a propósito del capítulo IV escribe: «Más importante y con alcance pastoral superior es el *Caput IV*, que lleva un largo título: *De praeparandis ad confirmationem et eucharistiam adultis qui, infantes baptizati, catechesim non receperunt* («Preparación para la Confirmación y la Eucaristía de los adultos bautizados en la primera infancia y que no han recibido catequesis»). Por las indicaciones pastorales contenidas en los once párrafos (295-305) ha tomado impulso, desde la aparición del *Ordo*, un movimiento de suma importancia y de difusión mundial que conduce a la recuperación de los alejados: el así llamado neocatecuminado; éste conduce por un camino de fe, análogo al que según nuestro *Ordo* recorre el no bautizado, a quien, siendo cristiano nominalmente en virtud del bautismo, desea bajo el impulso del Espíritu Santo llegar a serlo de una

El contenido de cada etapa sólo al terminar el catecumenado puede claramente conocerse, ya que la experiencia personal es insustituible, y además porque por discreción vige un cierto «arcano». Esto no es por afán de secretismo, sino por respeto al camino mismo, a las personas que recorren esa etapa y a las personas que vienen detrás. Como efecto secundario, no directamente pretendido, se constata que sirve para la cohesión de la comunidad. Cada grupo humano y cada grupo eclesial tiene su propia idiosincrasia, resultante de muchos datos configuradores. Si se forzara a un despojo de estas peculiaridades, se habría generalizado la concreción y el grupo en cuestión habría perdido mordiente y vigor. Son estas cosas secundarias comprensibles en el conjunto. Aquí precisamente se advierte si el genio creador ha abierto un camino peculiar con capacidad de identificación o ha amalgamado elementos de una parte y de otra sin unidad viviente.

Las primeras comunidades han terminado ya el camino. En la Vigilia Pascual del año 1983 renovaron las promesas bautismales los hermanos de la primera comunidad de la parroquia de Mártires Canadienses en Roma (2). Otras comunidades—algunas en Madrid—han acabado posteriormente. El interrogante que se abre al terminar es el siguiente: ¿dónde se insertan los cristianos

vez realmente» (*Die Struktur des Ordo Initiationis Christianae Adultorum von 1972*, en: *Liturgia opera divina e umana. Studi sulla riforma liturgica offeriti a S.E. Mons. Annibale Bugnini in occasione del suo 70.º compleanno*, (ed. P. Journel - R. Kaczynski - G. Pasqualetti), Roma 1982, pp. 375-385. M. DUJARIER, *Iniciación Cristiana de Adultos*, Bilbao 1986, hace un comentario histórico y pastoral, etapa por etapa, del *Ordo Initiationis Christianae Adultorum*.

2. Cf. *Oss. Romano* 5-6 aprile 1983.

que después de un largo neocatecumenado han redescubierto las riquezas y la responsabilidad del bautismo? Porque en principio deben insertarse en la parroquia, en la iglesia local, en cuyo interior han sido madurados en la fe; pero la situación de nuestras parroquias es actualmente deudora de una imagen anterior de Iglesia. Más que Iglesia en forma de comunidad existe todavía la Iglesia en forma de organización de servicios religiosos. Por esta razón tiene a veces más capacidad fermentadora el vino nuevo que la «madre» en cuyo seno se vierte. Será preciso esperar a que la parroquia se vaya renovando para que en el núcleo ya vigorizado se inserten los cristianos que terminen el camino neocatecumenal. Ya se columbra esta nueva realidad en las parroquias que poseen numerosas comunidades. Un diálogo entre el obispo, el párroco, los catequistas y los cristianos afectados indicará la manera más conveniente de proceder.

Todo el recorrido neocatecumenal se apoya en un *trípode*: palabra, liturgia y comunión. Este trípode fue descubierto en la experiencia de las barracas, y coincide con las realidades constituyentes y con las acciones vitales de la Iglesia en un lugar determinado. La Palabra de Dios alimenta la fe, en la Mesa eucarística bendiciendo a Dios entramos en el dinamismo de Jesucristo muerto y resucitado, y así va naciendo la Iglesia como cuerpo del Señor. «En ellas (las legítimas reuniones locales) se congregan los fieles por la predicación del Evangelio de Cristo y se celebra el misterio de la Cena del Señor para que por medio del cuerpo y de la sangre del Señor quede unida toda la fraternidad» (3) (cf. Act 2, 42). La Palabra de Dios se proclama en comunión con los obispos, sucesores

3. *Lumen Gentium*, n. 26 (cita de una oración del rito hispano).

de los apóstoles, que fueron los testigos primordiales del Resucitado; la Eucaristía se celebra dentro de esa misma comunión y así la comunidad local es Iglesia en sentido pleno. La marca apostólica en las tres realidades constitutivas de Iglesia—palabra, liturgia, comunión—, acredita la eclesialidad de la comunidad. Por supuesto, palabra, liturgia y comunión son realidades potentes para actualizar el misterio de Jesucristo porque el Espíritu Santo está presente y actúa. El descubrimiento de las barracas: la Palabra de Dios al ser acogida creaba la comunión y conducía a una liturgia como respuesta agradecida y gozosa, se prolonga en todas las etapas del camino. Con estos medios se hace la iniciación cristiana. La experiencia demuestra que el ámbito celebrativo crea un clima propicio a la receptividad de la Palabra de Dios y a la transformación evangélica de las personas.

A propósito del trípode (palabra, liturgia y comunión) recordemos cómo el Concilio Vaticano II ha seguido de forma sistematizadora estas tres dimensiones al hablar del Pueblo de Dios en el capítulo II de la Constitución *Lumen gentium*, del ministerio de los obispos en el capítulo III de la misma Constitución, del ministerio de los presbíteros en el Decreto conciliar a ellos dedicado, y en el capítulo IV de *Lumen gentium* sobre los laicos. Esta trilogía indica las acciones básicas a través de las cuales la Iglesia vive, se edifica y cumple su misión; y se apoya en la concepción de los Padres de la Iglesia, según la cual Jesús es el Mesías, el Ungido, como Sacerdote, como Profeta y como Rey. La Iglesia vive de la Palabra de Dios y de la celebración de los Sacramentos; y su forma de existencia es la comunión.

En todas las comunidades se celebra la Palabra una

vez a la semana; los sábados por la noche, abriendo el descanso dominical, se reúnen para la Eucaristía; y la comunión se propicia particularmente con una convivencia aproximadamente mensual, donde cada uno comunica a los demás la experiencia de su itinerario de fe; entonces se tratan eventuales cuestiones de la marcha de la comunidad. La compartición del eco recibido, por la proclamación de las lecturas bíblicas y la participación con fiada de la propia vivencia de fe a los demás se avala como muy importante para la vitalidad de la comunidad.

Las convivencias son un medio importante en el camino neocatecumenal. Además de estas convivencias frecuentes de cada comunidad, hay otras para iniciar las diversas etapas del catecumenado, otras con catequistas locales y responsables de las comunidades para poner en marcha la catequización del año, otras de Kiko, Carmen y el prebitero que los acompaña con los catequistas itinerantes; algunas se han tenido en Roma con presbíteros, cuyo número rondaba los dos mil. Las mantenidas por los iniciadores con los itinerantes son muy eficaces para mantener la comunión en la entera familia de comunidades neocatecumenales.

Las dos celebraciones litúrgicas son preparadas por sendos equipos de cuatro o cinco personas, que presentan con moniciones las diversas lecturas a la asamblea. Las celebraciones son particularmente cuidadas: cantos, luces, flores, altar, ambón, sede del presidente, sala de la reunión... Los signos litúrgicos son altamente estimados; y se percibe que su eficacia en la comunidad es grande. La sencillez no está reñida con la dignidad ni con la belleza. En este aspecto ha ejercido un influjo poderoso la condición de artista de Kiko. Antes de la homilía del pres-

bítero son invitados los hermanos a que comuniquen los que quieran la resonancia que ha producido en ellos la Palabra proclamada. La oración de los fieles, una vez hechas las peticiones típicas (4), es espontánea. La celebración, sin perder el ritmo celebrativo, es lenta y sosegada. Ningún hermano se queja de que sean excesivamente largas.

El camino está jalonado de etapas, de escrutinios, de pasos, de exorcismos, de ritos... que no son un montaje artificial. La celebración que marca un paso, que cierra una etapa y abre otra, es elocuente por la confluencia de diversos factores. Es una celebración *simbólica*, donde los signos hablan su propio lenguaje; es una celebración a la que ha precedido una *catequesis*, generalmente durante una convivencia de varios días, y en la que se explica el significado y el alcance de los signos; es una celebración, en la que palpita la *existencia* del hombre que se ha visto implicado durante las catequesis y la marcha del camino. Es una celebración de la asamblea cristiana, donde el Señor por medio de su *Espíritu* está presente según su promesa.

Así, la celebración no es vacía por la actuación de Dios por Jesucristo en el Espíritu; no es arbitraria porque los símbolos hablan a las dimensiones más hondas del hombre; no es enigmática porque la catequesis ilumina con la Palabra de Dios a dónde apuntan los signos; y no es abstracta porque la existencia del hombre está en juego.

4. Nos referimos a lo que dice la «Ordenación General del Misal Romano» (n.º 46): «Las series de oraciones, normalmente, serán las siguientes: a) Por las necesidades de la Iglesia. b) Por los que gobiernan el Estado y por la salvación del mundo. c) Por los que sufren cualquier dificultad. d) Por la comunidad local».

La celebración no pasa al margen del centro personal del hombre creyente.

Estos pasos señalan así con vigor cuál es la promesa de Dios para la siguiente etapa y cómo está emplazado el hombre en ese tramo del camino. Dios con su Espíritu abre el horizonte, que el hombre ya fortalecido puede obedientemente recorrer. Por ejemplo, en la liturgia del primer escrutinio, al celebrarse el rito de la signación de la cruz, cada hermano sabe cuál es la cruz de su vida, cómo la resurrección de Jesús la ha transformado en gloriosa y cómo en consecuencia podrá abrazarla con la certeza de que la encontrará iluminada.

Dos observaciones juzgamos oportunas antes de pasar a describir cada una de las etapas del neocatecumenado.

Esta es la primera. Los exorcismos, es decir, el mandato del obispo o del presbítero ejercido en el poder del Espíritu de Dios, con su «dedo» (cf. Lc 11, 20) para que el Maligno deje libre al hombre, pueden suscitar extrañeza como si se tratara de algo trasnochado. Pero esta cuestión debe ser retransmitida a la Iglesia como conjunto: ¿qué dicen los teólogos, qué los obispos presididos por el papa, sobre las realidades concatenadas del Demonio, tentación, caída en su dominio y exorcismos?

La segunda observación es la siguiente. Las lecturas de la Escritura son seleccionadas también en relación con el contenido de los diversos pasos del catecumenado. Se descubre de esta forma que estuvo también presente en la redacción del Nuevo Testamento la clave de iniciación al discipulado y a la condición cristiana. Por ejemplo, Lc 12, 1 ss. es situado en el marco de la *traditio fidei* para exhortar a los catecúmenos a que sin temor afronten la testificación de la fe. 1 Tim 6, 11-14, que alude a cómo

Jesús rindió solemne testimonio ante Poncio Pilato, preside la *reditio fidei* de cada hermano en presencia de la parroquia. No podemos entrar en más detalles sobre la forma catecumenal de interpretar muchos textos bíblicos, pero es muy interesante.

He aquí las etapas del camino neocatecumenal.

a) Etapa kerigmática

Todo comienza cuando un párroco expresa el deseo de abrir en su parroquia el camino neocatecumenal. Entonces se desplaza un equipo de catequistas, que en la misa dominical son presentados por el párroco a sus fieles; se dirigen a todos para invitarles a unas catequesis de adultos. Por otros medios se da a conocer también en el ámbito de la parroquia la noticia de la existencia de esas catequesis.

Esta primera etapa, que dura unos dos meses, con dos catequesis semanales, consta de tres partes. La primera, después de haber situado a los oyentes, tiene su punto culminante en el anuncio de Jesucristo vencedor de la muerte y de todo lo que está bajo el signo de la muerte en la existencia del hombre. De modo impresionante se conecta la resurrección de Jesucristo y la oferta de una existencia libre para todo el que crea y se convierta. Se hace un discurso altamente elocuente para el hombre actual. La primera parte termina con una celebración penitencial, cuyo significado eclesial se ha puesto antes de relieve. El impacto de esta celebración sacramental, con la riqueza de elementos que comporta, suele ser fuerte y marca el inicio de comunicación de las personas.

En la segunda parte se abre a la Palabra de Dios, anunciando el kerigma a través de la Escritura. Abraham es una palabra vigorosa; es el paradigma de lo que significa creer y de cómo Dios ha provisto en la muerte de Isaac.

«Por la fe Abraham, sometido a la prueba, presentó a Isaac como ofrenda... Pensaba que poderoso era Dios aun para resucitar de entre los muertos. Por eso lo recobró para que Isaac fuera también figura» (Heb 11, 17-19).

El éxodo de Egipto muestra también el poder de Dios que rompe todos los cercos de la muerte: de la esclavitud del faraón es liberado el pueblo, pasa a través del mar, en el desierto «grande y terrible» (Deut 8, 15) es alimentado, recibe el don de la tierra prometida... Se insiste en la actualidad y el poder de esta Palabra. Ahora se rompen también tus cadenas, si invocas al Señor que tiene dominio sobre todo lo que esclaviza. De esta forma ya en la Escritura aparece atestiguado el poder de Dios que resucitó a Jesús de la muerte y que se ha hecho camino en medio de la muerte para todos los que creen. En la celebración de la Palabra, a la que precede una catequesis sobre la relación entre Palabra-Escritura-Iglesia, reciben los asistentes de manos del obispo la Biblia. Jesucristo, el Cordero degollado (cf. Apoc 5, 2 ss.), y cuyo Espíritu está en la Iglesia, puede abrir los sellos de la Escritura.

Por fin, en una convivencia de un fin de semana se inicia a la Eucaristía a través de unas catequesis y de una celebración solemne, festiva y ampliamente participada. Para todos esta celebración es una novedad insospechada. Las catequesis hacen ver la conexión de la Eucaristía cristiana con la Pascua judía (el trasfondo judío, no sólo como «diccionario» para comprender las expresiones y

el origen histórico de muchas realidades cristianas, sino sobre todo como camino salvífico que nos conduce a la plenitud que es Cristo, se pone de relieve a lo largo del neocatecumenado), y acentúan el carácter de bendición y de acción de gracias por la intervención de Dios que pasa sacando de la muerte a la vida, de la esclavitud a la libertad, del temor a la confianza, de las tinieblas a la luz, de la tristeza al gozo. La Eucaristía es memorial de la liberación de Dios en Jesucristo y exultación de la comunidad por ello.

En la convivencia se presenta el camino neocatecumenal para que todos sepan de qué se trata, y se expone la misión de la Iglesia que es la misión del Siervo de Dios. El sermón del monte será para el cristiano el espejo del hombre nuevo. Con los disponibles a caminar se constituye la comunidad, eligiéndose el responsable y corresponsables. La elección por votos será un proceder constante siempre que quepa eclesialmente. El párroco es el presbítero de la primera comunidad de su parroquia.

Todos recibirán una sorpresa grande al encontrarse de nuevo para la próxima celebración, ya que secretamente están dudando de lo que están viendo. Sospechan que la temperatura de la convivencia ha enardecido a todos, pero que puesto tiempo por medio y marcadas las distancias pronto se enfriará. He aquí, en cambio, que inician un camino cuya continuidad será un signo de su capacidad de cohesión y de su sustancia nutritiva.

b) Precatecumenado

Caminan los hermanos celebrando la Palabra de Dios, que preparan por equipos siguiendo los temas del *Voca-*

bulario de Teología Bíblica de X. León-Dufour (5). Se va entrando lentamente en la Escritura por el conocimiento y por la vivencia como accesos inseparables. La Eucaristía del sábado es la misma del domingo, que ya se anticipa para introducirnos en el descanso del Señor. Las lecturas, así empiezan a expresarlo sin percibir aún todo su alcance, son las que la Iglesia nos propone. Puede sospecharse las primeras reacciones de muchos al entrar en contacto con la Biblia. Ha habido personas que han aprendido a leer para poder acercarse a la Escritura. Lentamente, pacientemente, en medio de la comunidad, recibirán de la Iglesia la llave para entender y alimentarse de este libro, antes sellado para ellos.

En esta etapa sienten, por una parte, el gozo de escuchar juntos y de ver que comienzan a renacer personas destruidas; y, por otra, van descubriendo que no tienen tanta fe como pensaban los cristianos de siempre, ni aman tanto como creían los más asiduos cumplidores. La comunidad como un campo donde chocan los egoísmos de todos, los proyectos de cada uno y los personales caprichos, es un espejo para conocerse a sí mismo. Cae de esta forma el ideal de comunidad que cada uno se había forjado. Todos tienen sus personales quejas. Pronto advierten que están ante la siguiente alternativa: o este tinglado inevitablemente se hunde, o la comunidad tiene que ser construida por Dios. Así van sintiendo la necesidad de que les nazca un corazón nuevo, capaz de amar también al molesto e insolente, y de que su fe demasiado infantil sea conducida a la maduración. La fe, sembrada en el bautismo como una semilla, no se ha expandido según la estatura del hombre.

5. Ed. Herder, Barcelona 1965.

Esta etapa, que dura aproximadamente dos años, termina con una convivencia. La convivencia con sus oportunas catequesis, encuentros por grupos y reflexión personal culmina en el primer escrutinio en el marco de una celebración prebautismal; en ella, cada uno, si desea pasar adelante, escribe su nombre en la Biblia de la comunidad, pide a la Iglesia la fe para alcanzar la Vida Eterna, muestra su disponibilidad a recibir el Espíritu Santo y es marcado con la cruz gloriosa de nuestro Señor Jesucristo. Son los ritos con los que comienza hoy la celebración del bautismo. La Iglesia, morada del Espíritu, acoge a los que terminan de dar este paso bajo su custodia maternal. Ella, con su protección, los guiará hasta la renovación del bautismo.

El catecumenado no es un tiempo puramente cronológico, que se pudiera arbitrariamente alargar o encoger, ni es un tiempo en el que se repite siempre lo mismo; es un período con contenido rico y variado que según las etapas se propone a la asimilación de hombres sumergidos en la historia. Se tarda tiempo en descubrir qué es creer, se tarda tiempo en descubrir la verdad del sermón del monte realizable por el Espíritu, se tarda tiempo en pasar de una existencia egoísta a una existencia servicial, se tarda tiempo en descubrir que el dinero no es el «señor» que verdaderamente salva... Y estos descubrimientos deben hacerse con una cierta consistencia durante el período catecumenal, pues de ello precisamente se trata. Más adelante, ya terminado el catecumenado, se profundizarán estas actitudes básicas del cristiano.

c) Paso al catecumenado

Es una etapa que se llama de humildad, de descenso a la propia realidad; es decir, de conocimiento, reconocimiento y aceptación de la situación personal. Más fácil que la aceptación de la realidad es la protesta contra ella y la reivindicación del cambio. Por supuesto, no deben mutuamente excluirse estas actitudes; la realidad del hombre es una mezcla de providencia divina, de decisión personal, de condicionamientos históricos y de influencia social no siempre positiva. La providencia de Dios no es un factor connumerable con los otros; más bien, a todos abarca y se realiza a través de todos; es decir, la providencia es trascendente en la inmanencia (X. Zubiri).

El camino neocatecumenal es especialmente sensible a ver la voluntad de Dios en el acontecer diario y a comprender que Dios nos muestra su amor en nuestra situación presente y en nuestra historia pasada. Nada ha ocurrido y ocurre por casualidad. El realismo teológico es una actitud saludable para no escapar de la realidad personal por acusaciones a terceros, incluido también Dios. La reconciliación con Dios a la vista de nuestra historia, pasando de la murmuración como el pueblo de Israel en el desierto a la bendición porque todo lo hace bien y es eterna su misericordia, es un paso trascendental. Sólo de esta forma estamos saneados para luchar contra el mal en nuestro mundo. Esclarecer este fondo personal constituido por un nudo de «necesidad divina» (cf. Mc 8, 3; Lc 24, 26.44), de salario del pecado cometido que paga con «muerte», de condicionamientos constitutivos de la libertad humana, de condición social del hombre que inserta en ambientes favorecedores o negadores de oportunidades para el bien... es justamente la conversión.

El *Sbemá*, es decir, el reconocimiento vital de la unicidad de Dios, es el mensurador de la conversión efectiva. Al candidato al catecumenado contestó el presidente en la celebración del primer escrutinio:

«Si quieres alcanzar la Vida Eterna, amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas y al prójimo como a ti mismo» (cf. Lc 10, 27).

Pues bien, el candidato deberá probar que sólo Dios es el Señor de su vida renunciando significativamente al dinero. Hay aquí un realismo en el camino neocatecumenal que contrasta con todas las acusaciones fáciles de «angelismo». El dinero es el primer competidor de Dios en la existencia del hombre (cf. Mt 6, 24). No es difícil analizar el dinamismo «ateo», esclavizador del hombre y destructor de la fraternidad humana que ejerce este «poderoso caballero». Si en el proceso del hacerse un cristiano queda intocada la relación con el dinero, es necesario reconocer que ese camino es superficial y en el fondo irreal. A este centro se refiere este «paso al catecumenado», que se recuerda en un alto en el camino llamado «convivencia del *sbemá*».

A veces las comunidades neocatecumenales son tachadas de «intimismo», de abstracción y de ingenuidad ante la compleja trama sociopolítica del hombre. Ciertamente el discurso no es religioso-social; pero de ninguna forma existe en este punto inconsciencia en el camino neocatecumenal; más bien, ha percibido con mucho vigor de una forma concreta la miseria del hombre y su regeneración. Por lo demás, cabe preguntar: ¿fue san Pablo un ingenuo cuando escribió lo que escribió en la carta a

Filemón? (cf. v. 16) ¿No se quiebra en la raíz la esclavitud cuando amo y esclavo viven como hermanos en la misma comunidad bajo el único señorío de Jesucristo? ¿No contrastan a veces tantas proclamas «realistas» y la patente esterilidad de ciertos grupos cristianos? ¿Cuál es el centro de percusión del Evangelio: la persona, la política...?

La celebración de la Palabra de Dios en esta etapa de paso al catecumenado, que dura aproximadamente dos años, tiene como contenido las grandes realidades de la historia de la salvación: Abraham, Exodo, Desierto, Alianza, Tierra prometida, Reino, Exilio, Profetas, Creación, Mesías, Resurrección, Iglesia, Parusía... A través de cuatro semanas es introducida la comunidad en cada tema.

No se pretende instruir en cultura bíblica, sino que la Palabra de Dios se convierta en pan. Esta intención no-cultural tiene a veces un «retintín» polémico para insistir en lo primordial: el encuentro con Jesucristo; pero esto no equivale a excluir el estudio como tal de la Escritura y de la tradición de la Iglesia. La comunidad plantea, más bien, el sentido del estudio de la Escritura que no incide en la fe en Dios y en el encuentro con Jesucristo. Siempre se hacen explícitamente las preguntas de cómo tal realidad se refiere a Jesucristo y cómo afecta concretamente a la vida. La lectura cristológica y existencial de la Escritura son constantes. Se parte de la certeza de que en la Biblia se contiene la Palabra de Dios, que cobra vida en la Iglesia y en cada cristiano; y se confía en que Dios habla aquí y ahora buscando acogida creyente. También nosotros somos destinatarios de la Palabra de Dios y estamos llamados a dejarle espacio para que tome cuerpo en nosotros. La lectura de la Palabra es

profundamente personal y eclesial, y, por el ministerio de la Iglesia, también autorizada; la homilía del presbítero, la predicación del obispo y los documentos del Magisterio pastoral expresan para la comunidad ese carácter autorizado.

Esta etapa termina en el segundo escrutinio. En un rito, iluminado por unas catequesis sobre las tentaciones de Jesús y de Israel, se renuncia a los bienes según pide el Evangelio a los discípulos y se entrega un signo elocuente de que sólo en Dios se busca la vida. En el primer escrutinio se había entregado el Espíritu para que con sus dones se pudiera amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo en la dimensión de la cruz; pues bien, ahora se interroga sobre la negociación realizada con aquellos talentos en la lucha con el poder del dinero (cf. Mt 25, 14-30).

No es fácil que el hombre se emancipe del hechizo ejercido por el dinero; y, por otra parte, en este desasimiento se expresa un paso necesario de la conversión cristiana. El dinero puede paralizar decisivamente el proceso de conversión; y su renuncia desencadena una libertad y un señorío admirables. En este rito se actualiza la renuncia a los ídolos y la adhesión al Señor, que quedan selladas por el bautismo (cf. 1 Tes 1, 9-10). La invocación del Espíritu Santo está también en función del exorcismo por el que es liberado el catecúmeno para el seguimiento de Jesús. En el segundo escrutinio se recogen cantidades sorprendentes, entregadas de forma absolutamente libre, que se destinan en gran parte a los pobres de la parroquia. La verdad de esta renuncia, el impulso apostólico, el gozo en la precariedad que se fía de Dios... son signos llamativos del camino neocatecumenal. Estas actitudes contrastan de forma aguda con el ansia de seguridad que se

ha apoderado de nuestras sociedades. ¿Está en ellas en juego sólo la fe en Dios o también por la tecnificación la confianza humana?

Apoyado en la experiencia de las comunidades de un lugar y de otro, se puede afirmar que la superación del segundo escrutinio marca profundamente a los hermanos; la vida en el futuro será muy distinta.

d) Catecumenado

Esta etapa, que dura varios años, se caracteriza por la simplicidad en las relaciones con Dios y con los hombres; cuando las tinieblas del corazón se iluminan todo el hombre se vuelve transparente y sencillo. Lo rebuscado y violento no son signos del hombre convertido. Va naciendo dentro del catecúmeno un «niño», una criatura nueva que es fruto de la fe y del Espíritu, confiado en Dios, consciente de su debilidad, y que renuncia a juzgar al hermano. Busca y pide a Dios un corazón que no sea altanero (cf. Sal 131).

Cuatro realidades ha entregado la Iglesia desde el principio a los que desearon entrar en su casa: el símbolo de la fe, el Padre Nuestro, los mandamientos de Dios que se resumen en el *shemá* y en amar al prójimo como a uno mismo, y los sacramentos (5 bis). Pues bien, estas realidades son también entregadas por la Iglesia a los neocatecúmenos, que deberán devolverlas después de haberse identificado con ellas. En momentos sucesivos se iniciará a orar, como Jesús enseñó a sus discípulos (cf.

5 bis. Cf. Éveques de Belgique, *Livre de la foi*, Bruxelles 1987.

Luc 11,1); se entregará el credo apostólico, en el que se ha sedimentado la predicación de los apóstoles como «símbolo», como signo distintivo de la fe del cristiano...

Las celebraciones de la Palabra giran en torno a personajes bíblicos (Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés...). Es otra forma de encontrarse el catecúmeno con la Palabra de Dios, de internarse en la Escritura y sobre todo de hallar en ella a Jesucristo como Señor resucitado. La Escritura a través de personas concretas nos transmite la palabra; Abraham es la fe; Jacob es la elección; José es la providencia; Moisés es la conducción del pueblo...

Los catecúmenos son iniciados en la oración cotidiana, que será para ellos un arma poderosísima contra los asaltos del Maligno (cf. Ef 5,10 ss.). Diariamente necesitan revestirse de las armas de la luz para resistir en el combate con los enemigos que les quieren apartar del seguimiento de Jesús y de la fidelidad. Se les hace entrega de los Salmos, del Libro de las Horas.

En celebraciones domésticas, por grupos, son escrutados los salmos, ayudándose de las notas, lugares paralelos y otras referencias de la Biblia de Jerusalén. Entre todos buscan la relación que cada salmo tiene con Jesucristo y cada uno confronta la propia vida con el salmo proclamado, estudiado y meditado. Así se van conociendo los salmos, y se convierten en expresión personal de petición, acción de gracias, alabanza, lamentación... de los catecúmenos. La Iglesia hizo de ellos, sin cambiarlos, su oración oficial; y ahora, enriquecidos por la lectura cristológica y personal, los iniciandos reciben de la Iglesia ese valiosísimo libro de oración. A partir de la entrega de los salmos empiezan los catecúmenos a rezar Laudes

todos los días antes de comenzar la jornada. Los domingos participan los hijos en esta oración; y en catequesis sencillas van transmitiendo los padres la fe a los niños. Esta celebración doméstica tiene una trascendencia enorme para los niños. Colaboran en la parroquia en catequesis de primera comunión, confirmación, bautismo, matrimonio, etc.

Pasado un año de la transmisión de los salmos entrega la Iglesia a los catecúmenos el «símbolo de la fe». Esto recuerda la *traditio* y la *redditio symboli* de la Iglesia primitiva. Cada artículo del credo es estudiado, personalizado y celebrado comunitariamente. Cada uno debe responder si cree en esa proposición de la fe y por qué cree. La respuesta al kerigma no se agota en la acogida del Señor como Salvador; se requiere, además, que los contenidos de la fe se expliciten y se reciban. La *fides qua*, es decir, la actitud creyente por la que apoyamos la propia existencia en Dios, anima en su dinamismo y se concreta en la *fides quae*, es decir, en los contenidos de la regla de la fe (6). La verdad de nuestra fe está en relación con la realidad afirmada; si ésta se diluye aquélla es irreal.

No basta, para poder testificar la fe, remitirse sin más a la autoridad de la Iglesia; se precisa atestiguar personalmente la incidencia de la fe en la propia vida. Sólo de esta forma puede el cristiano ser testigo. Antes podía hablar únicamente de oídas; ahora comienza a creer

6. Cf. H. DE LUBAC, *La fe cristiana* (Madrid 1970) p. 151s.: «La fe personal es al mismo tiempo —y con toda necesidad— fe objetiva, creencia. Para no quedarse en formal y vacía, para existir, le es preciso nutrirse con esta creencia. La supone, la integra y la engloba, haciéndola participar de su carácter personal». La fe no es un desnudo apoyarse en Dios o un acto de confianza en El sin consentir y asentir a la historia salvífica confesada en el credo.

porque ha «visto» a Dios en su historia (cf. Job 42, 5). Evidentemente, la medida de la confesión del credo no es la experiencia singular sino la fe de la Iglesia que ascendiendo de generación en generación ha convivido con Jesús y ha recibido su visita en las apariciones como Resucitado; pero sin el reflejo claro, sincero y auténtico de esa fe que se hace convicción personal no puede nacer el apóstol (cf. 1 Cor 9, 1).

Los catecúmenos son ahora llamados a confesar su fe:

«Yo os digo, por todo el que se declare por mí ante los hombres, también el Hijo del hombre se declarará por él ante los ángeles de Dios. Pero el que me niegue delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios» (Lc 12, 8-9).

Son enviados de dos en dos, de acuerdo con el párroco que lo comunica a los feligreses, a visitar las familias de la parroquia anunciándoles la paz en nombre de Jesucristo resucitado. Se incorporan de esta manera a la misión evangelizadora de la Iglesia. En la misión, a la que marchan con miedo y sin defensas humanas, comprenderán cómo Dios ha reservado a los apóstoles el último lugar, cómo hay un gozo inefable en ser rechazados por el Nombre de Jesús, cómo Dios abre los oídos de los oyentes y cómo se agradece un vaso de agua dado como a enviados de Jesús. A veces se encuentran con personas que deseaban que el testimonio valiente de cristianos desencadenara en ellos la fe clandestinizada. De esta forma, aunque en pequeña escala, se participa en la proclamación pública del evangelio, rompiendo toda reclusión en el santuario de la conciencia o en el ámbito de la comunidad. Y de esta forma se van asimilando las actitudes apostólicas, en las cuales también deben ser internados los catecúmenos.

San Agustín nos ha conservado en este contexto catecumenal de confesión de la fe un pasaje impresionante donde recuerda lo que le contó Simpliciano a propósito del filósofo Victorino, que se había convertido interiormente al cristianismo y que comunicaba su decisión en secreto al propio Simpliciano, pero todavía no tenía el valor suficiente para confesar la fe en la asamblea de la «plebe santa» y en la publicidad de los conciudadanos. Por fin, cuando ya no se avergonzaba de los «sacramentos de humildad del Verbo» dijo decididamente a Simpliciano: «Vamos a la Iglesia, quiero hacerme cristiano». Y Victorino, con gozo de la comunidad cristiana, y con admiración de Roma, hizo públicamente la confesión de fe (7).

Efectivamente, romper la privatización de la fe es duro; supone haber comprendido que el don recibido se convierte en tarea encomendada, y que más vale aparecer públicamente envuelto en la *kénosis* del Verbo que mantener una imagen social encubriendo vergonzantemente la identidad cristiana. Cuando se reflexiona en la timidez que agarrota actualmente a la Iglesia española en medio de nuestro mundo pluralista y aconfesional, sólo puede valorarse adecuadamente la iniciación a la confesión pública que hace el camino neocatecumenal.

Terminado el anuncio por las casas, en presencia de la asamblea de la parroquia, harán la *redditis* del credo, confesando públicamente la fe; cada uno proclama si cree, por qué cree y en base a qué experiencias de su vida. En la procesión del domingo de Ramos los que hayan hecho

7. Cf. *Confesiones*, VIII, 2, 3-6, Madrid⁶ 1974 (ed. de A. Custodio Vega) pp. 312-316.

la devolución de la fe a la Iglesia, si ésta se ha reconocido en ella, llevarán la palma como signo del testimonio de Cristo que puede llegar hasta el martirio.

En cada paso del itinerario incorpora el catecúmeno una dimensión del bautismo, que queda de esta forma «sellada» para el futuro. En la *redditio* debe testificar con los hechos y las palabras que Dios ha actuado en su historia concreta como salvador. La profesión de la fe en medio de la Iglesia y ante el mundo le emplaza a ser un «mártir», a conservar el «depósito» hasta el final de la vida siguiendo a Jesús que «rindió solemne testimonio ante Poncio Pilato» (1 Tim 6, 13). La palma de la victoria, que ha llevado camino de la Iglesia, camino de la Jerusalén celestial, le recordará siempre la gracia de la confesión realizada y la meta a la que está llamado. La palma atada en el balcón de la casa, en lugar visible, está indicando que allí habita alguien que quiere ser fiel a lo que celebró el domingo de Ramos. Con mucha frecuencia será un lugar descubierto y visitado por los pobres, porque serán bien tratados.

Transcurrido un año serán de nuevo iniciados más intensamente en la oración; en este momento reciben de la Iglesia el «Padre Nuestro». La oración dominical puede ser proferida sobre la base del bautismo (*institutione formati*) (8), animados interiormente por el Espíritu que

8. Cf. S. BASILIO, *De Spiritu Sancto*, XXV, 36: PG 32, 132B. No está fuera de lugar la hipótesis de que las palabras de la monición al Padre Nuestro en la celebración eucarística del ritual romano «divina institutione formati», en lugar de ser una expresión paralela a «praeceptis salutaribus moniti», aludan al bautismo como realidad que hace del hombre hijo de Dios. O. ROUSEAU, *Le «Pater» dans la liturgie de la messe*, en: Cours et Conférences VII, Lovaina 1929,

crea entrañas filiales (cf. Rom 8, 14-17; Gal 4,6), instruidos por las enseñanzas de Jesús, viviendo en la fraternidad y sin perder el sentido del atrevimiento de que podamos llamar *Abbá* a Dios. Dios, que al principio del camino o era una palabra vacía o una «Mano poderosa», comienza a ser en adelante el Padre, que trata al catecúmeno como a hijo.

e) Elección

El paso del catecumenado a la elección acontece en una liturgia, donde se inscribe el nombre en el Libro de la Vida. Sólo pasan a *electi* o *competentes* aquellos catecúmenos que hayan mostrado su fidelidad a la alianza con Dios en Jesucristo. La criatura nueva se acredita con obras de Vida Eterna. Movidos por el Espíritu, pueden descansar en la voluntad de Dios y traducir en la existencia el *shemá*. Es un tiempo de alabanza y de acción de gracias, ya que están llamados a heredar una bendición (cf. 1 Ped 3, 9). Su vocación consiste en ser sacramento de salvación en medio del mundo, ejerciendo el sacerdocio bautismal con un culto espiritual en el altar de su historia (cf. Rom 12, 1-3). Haciendo suya la misión del Siervo de Dios interceden por la humanidad. Amando a los enemigos se manifiesta el amor que Dios tiene a los pecadores y alejados. Son espejo de lo que Dios puede hacer en la re-

pp. 231-241; en p. 235 se inclina a ver el origen de la alusión al atrevimiento («audemus dicere») en la práctica del catecumenado, especialmente en Oriente. J. A. JUNG MANN, *El sacrificio de la Misa*, Madrid 1963, pp. 844 s. S. SABUGAL, *El Padrenuestro en la interpretación catequética antigua y moderna*, Salamanca 1982.

construcción de la existencia destruida. Como Jesús murió por el mundo en la cruz, así en la existencia servicial de los cristianos el mundo recibe la vida.

De esta etapa no puedo decir otra cosa que lo que aparece en las exposiciones del camino neocatecumenal y en las experiencias de los que han recorrido este tramo, ya que todavía no he llegado a ella. La comprensión de la comunidad según el modelo de la familia de Nazaret, que vivió en «sencillez, pobreza y alabanza», es inculcada frecuentemente en el camino neocatecumenal. En este momento de la «elección» se convierte en acento propio. Por esto, al final del catecumenado se hace una peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de Loreto, donde según la tradición se conserva la casita de Nazaret. ¿No aparece ahora, después de un largo itinerario, la querencia de Ch. de Foucauld, con cuya inspiración marchó Kiko a las barracas para vivir como un pobre entre los pobres? ¿No es la visita a Loreto reflejo también de la acendrada devoción a Santa María, la Madre virginal y fiel de Jesús, que emergió con fuerza en el dinamismo de la intuición fundamental del camino?

f) Renovación de las promesas bautismales

Es el último paso, que abre a la etapa de «neofitado», es decir, el tiempo pascual vivido por aquellos que terminan de renovar el bautismo.

La Vigilia Pascual está en el corazón del camino neocatecumenal; por ello se comprende el sacrificio que significa cuando una comunidad no puede celebrarla con todo el desarrollo de sus signos; es como si fueran privados del foco que ilumina todo el itinerario. El camino neocatecumenal no pide para los miembros de las comuni-

dades una celebración aislada; sólo insiste en que la celebración transcurra con toda la riqueza de lecturas y de signos previstos en el ritual de la Iglesia; salvándose esto es secundario si la celebración es en la parroquia o en la comunidad. La Vigilia es celebrada con toda solemnidad; en ella se catequiza a los niños sobre el significado de la grandeza de esa noche, y sobre los signos más salientes. En esta Vigilia se bautiza también, si hay niños de algún matrimonio de las comunidades de la parroquia. El ritmo de la comunidad va de Pascua en Pascua. Pues bien, en esa noche santa renuevan el bautismo los «elegidos». Reciben la dignidad incomparable de cristianos, o mejor, descubren vitalmente la dignidad escondida. La celebración completa de la Vigilia Pascual no es un lujo; es la traducción ritual del puesto eminente que ocupa la resurrección de Jesús en el cristianismo, y recuperado con vigor en el neocatecumenado.

Los que han renovado las promesas del bautismo han llegado al término del catecumenado, pero no a la perfección. Después del camino serio y largo se comprende el paso trascendental de haber sido «iluminados» (cf. Ef 5, 14; Heb 6, 4; 10, 32) por el bautismo; pero es necesario estar en guardia de creerse ya al abrigo de la tentación y de la caída. En el largo aprendizaje de lo que es creer habrán constatado muchas veces que no pueden gloriarse en sus fuerzas, sino remitirse humildemente al poder y a la misericordia de Dios. Los cristianos están siempre en camino de la patria celestial, cuyos frutos ya han recibido anticipadamente.

Con la renovación de las promesas bautismales han concluido los catequistas su tarea en la parroquia, a la que fueron llamados. Presentan al obispo los cristianos, que han sido gestados en la fe de la Iglesia durante el

catecumenado. Aquí termina la misión del camino neocatecumenal; es, por tanto, un carisma con una misión y una duración bien precisadas.

He aquí el testimonio de la primera comunidad que ha renovado las promesas bautismales en Roma. Las etapas les han ido abriendo gradualmente a nuevos horizontes y han descubierto «nuestra ceguera y la necesidad de pedir la fe; nuestros ídolos, que no nos salvan, sino que nos esclavizan; Dios como Único; la necesidad de la oración; el kerigma como vida para el mundo; la relación con Dios como Padre y el perdón de los enemigos como garantía de que el Espíritu vive en nosotros; el Siervo de Yavé como única verdad que supera toda lógica y expectativa humana» (9).

Lo descrito en las páginas anteriores no es un bello sueño; está avalado con mayor o menor claridad por la vida de innumerables comunidades esparcidas actualmente por todo el mundo. De forma original ha tomado cuerpo el catecumenado de la Iglesia como iniciación cristiana en nuestro tiempo; probablemente estamos asistiendo al resurgimiento en nuestras latitudes de una institución venerable y fundamental de la Iglesia. Indudablemente es una experiencia seria y fecunda. Resiste a una interrogación teológica y a su vez cuestiona a la teología. Tiene evidentemente sus acentos y modalidades. Se presta lealmente a ser escrutada por la Iglesia y pide un espacio dentro de la comunión eclesial.

9. Palabras tomadas de una comunicación de la primera comunidad de Mártires Canadienses en Roma, y contenidas en el fascículo citado arriba *El Neocatecumenado. Una experiencia de evangelización y catequesis en marcha en esta generación.*

CAPITULO 3

HACIA UN DISCERNIMIENTO TEOLOGICO

Hemos tratado en primer lugar de presentar las grandes intuiciones del camino neocatamental. Se apoya en el anuncio de la resurrección de Jesús como oferta de libertad en medio de todo lo que lleva el signo de la muerte; es un catecumenado en el sentido genuino de esta palabra; y forma comunidades cristianas en las que se manifiesta y realiza la única Iglesia de Jesucristo. A través de ella puede transcurrir, por supuesto en comunión con la parroquia, la diócesis y la Iglesia universal, toda la eclesialidad que comporta la existencia cristiana.

En la segunda parte hemos descrito las fases, las etapas del neocatecumenado, explicitando los contenidos que caracterizan los diversos periodos; son tiempos cualificados por una determinada dimensión bautismal que se presenta gradualmente al descubrimiento y a la asimilación de los catecúmenos. Dado nuestro objetivo no era necesario descender a más detalles. A lo largo de las páginas anteriores ya se han indicado los acentos fuertes, y en consecuencia algunas penumbras, del camino; y al mismo tiempo se ha legitimado teológicamente aquéllos y se ha sugerido

por dónde iluminar éstas. En cada tendencia teológica, espiritual y pastoral hay una fuerza y una debilidad, un foco de luz y zonas de sombra; se recuerde, por citar dos ejemplos relevantes, las cristologías alejandrina y antioquena en la época patrística o las discusiones sobre la gracia entre bañecianos y molinistas a partir del siglo XVI.

Dada la importancia y el altísimo valor del camino neocatecumental no puede ser «respetuosamente» preterido; esta actitud es una falta de responsabilidad ante los dones de Dios; pero igualmente el camino neocatecumental debe ser sensible a las reiteradas objeciones para que poco a poco sean efectivamente respondidas. En el Plan de Acción Pastoral de la Conferencia Episcopal Española para el trienio 1987-1990, dentro del 2.º objetivo («fortalecer de manera efectiva la comunión eclesial») se programa un «discernimiento sobre *pequeñas comunidades*». El Sínodo Episcopal, celebrado durante el mes de octubre último en Roma, sobre la vocación y misión de los laicos, trató también acerca del discernimiento de los llamados «nuevos movimientos eclesiales», entre los que se encuentra el «camino neocatecumental». El presente escrito desea contribuir desde la teología a este discernimiento.

Las comunidades neocatecumenales son un «carisma», ya suficientemente discernido en lo fundamental como camino del Espíritu para la Iglesia de nuestro tiempo. Al comienzo, todavía en las barracas, cuando la novedad era llamativa, el entonces arzobispo de Madrid, monseñor Casimiro Morcillo (†1971) escrutó a fondo la realidad naciente, la aprobó frente a las impugnaciones y la estimuló decididamente. Morcillo daría a Kiko y

Carmen una carta de presentación, cuando marcharon invitados por primera vez a Roma en 1968, para entregar al cardenal vicario Angel Dell'Acqua (†1972). Los papas Pablo IV y Juan Pablo II han dado signos claros de su estima y aliento (1).

a) Respuesta a las objeciones más frecuentes

Las acusaciones contra el camino neocatecumental han sido diversas. Es comprensible que suscite extrañeza y contradicción todo lo que trae vigor y novedad. Y, aunque nadie puede presumir prematuramente de ser perseguido por el Evangelio, los discípulos de Jesús han de recordar siempre la suerte padecida por su Maestro. Lo que posee, en cambio, dosis compartidas de todas las

1. Puede recordarse lo que estos dos papas han dicho en los encuentros oficiales o en los encuentros tenidos con las parroquias donde está presente el camino neocatecumental. Nos limitamos a indicar los más significativos. De PABLO VI: Audiencia del 8 de mayo de 1974 (en: *Notitiae*, n. 95-96, julio-agosto, 1974, pp. 228-230); Audiencia del 12 de enero de 1977 (en: *Oss. Romano*, 13 de enero de 1977). De JUAN PABLO II: Visita a la parroquia de Mártires Canadienses el día 2 de noviembre de 1980 (en: *Oss. Romano*, 3-4 de noviembre de 1980); Audiencia privada a los catequistas itinerantes el día 7 de enero de 1982 (en: *Oss. Romano*, 7-8 de enero de 1982); Audiencia general a los sacerdotes participantes en la convivencia sobre «Penitencia y reconciliación», promovida por las comunidades neocatecumenales, el día 10 de febrero de 1983 (en: *Oss. Romano*, 11 de febrero de 1983); Palabras dirigidas al «Angelus» el domingo 13 de febrero de 1983 (en: *Oss. Romano*, 14-15 de febrero de 1983). Notemos, además, que a lo largo de estos años el papa Juan Pablo II, al visitar las parroquias de su diócesis, se ha encontrado al menos una veintena de veces con comunidades neocatecumenales, a las que ha dirigido siempre palabras de simpatía y de apoyo.

tendencias será fácilmente acogido por todos; un *fifty-fifty* agrada de entrada a la mayor parte; pero la facilidad para ser incorporado rápidamente por la mayoría no es criterio fundamental de la verdad de un carisma. Hay personas que han llegado «demasiado pronto» a su tiempo; y con esta expresión se quiere indicar que han anunciado un futuro sin apenas columbrar por parte de sus contemporáneos; y esa «extemporaneidad» fue un servicio precioso para los que se dejaron interpelar por tales «profetas». Las acusaciones no son sin más desacreditación; pueden incluso ser singular recomendación.

A veces se ha tachado al camino neocatamental de una cierta «protestantización». Los que así hablan se refieren a la manera como las comunidades neocatamentales viven y expresan la realidad del pecado, la experiencia de la salvación, la libertad cristiana, la justificación por la fe, la vivencia del Espíritu, la estimación de la colaboración humana en la obra regeneradora de Dios, etc. A la vista de los juicios de valor emitidos por las supremas autoridades pastorales de la Iglesia sobre el camino neocatecumental, es insensato dudar de su inequívoca identidad católica.

Aparte de esta razón, queda desfundamentado teológicamente el reproche de «protestantización» cuando se analiza de cerca la forma como son concebidas estas realidades que suscitan la inquietud. La exposición precedente habrá disipado las dudas. Lo que hay en el camino neocatecumental es un cierto «paulinismo» que ya en otros momentos —se piense en san Juan de Avila— levantó denuncias. Pero este «paulinismo», bien templado, no es en absoluto peligroso; es más bien un valor, que ha servido de contrapeso providencial frente a las tendencias

sociopolíticas en boga de los decenios precedentes. ¿No se entiende mejor desde esta situación la invitación del Sínodo Extraordinario de Obispos a acentuar la espiritualidad cristiana? ¿No ha prestado un servicio inestimable el camino neocatecumental a la Iglesia en los años del posconcilio recordando la radicalidad del Siervo de Yavé, la fe como apoyo incondicional en Dios que provee en medio de la precariedad, el impulso evangelizador llevado a cabo en condiciones sorprendentes?...

Otra acusación vertida con frecuencia va en el sentido de que las comunidades neocatecumentales practican una cierta inhibición en las tareas sociales y se desentienden de los aspectos más colectivos de la fe; la «secularidad» específica de los laicos vendría escasamente asumida (2). Aquí nuestra respuesta debe ser muy diferenciada. La fe, en la medida en que va tomando asiento en la persona, impacta todos los ámbitos de su vida; por tanto, sería infidelidad retener el dinamismo de la fe en la pura interioridad del corazón o del grupo. Por eso, la vida conyugal y familiar, la relación con el dinero y la profesión, la manera de estar y de vivir en la sociedad... van cambiando a lo largo del camino recorrido por los catecúmenos en sus comunidades; estos aspectos son transparentes. A propósito del matrimonio y de la familia ha habido en los últimos años una catequesis abundante y católicamente bien centrada con una acogida fiel en medio de la cruz por parte de los seglares; sería oportuno comparar esta acogida con la de otros grupos eclesiales. La apertura a la vida dentro del matrimonio, que se traduce en disponibilidad a la fecundidad del amor conyugal y en una

2. Cf. *Lumen Gentium*, 31.

siones en la adopción de niños sin hogar, es un signo de confianza en Dios.

Por otra parte, el camino neocatecumenal no es un movimiento apostólico, cuya identidad aparece en la correlación entre la fe cristiana y el ambiente social del grupo específico; nadie niega el espacio y el sentido que estos movimientos pueden tener y de hecho tienen en la vida y en la misión de la Iglesia. El carisma del camino neocatecumenal es distinto. Tiende a la recuperación del bautismo, que está en la base de la fraternidad cristiana; y en la medida que va siendo iniciado el bautizado, que había asumido escasamente su condición de tal, irá descubriendo su propia vocación: al matrimonio «en el Señor», al ministerio eclesial, a la vida religiosa, a la militancia apostólica... Habrá cristianos que sientan la llamada a participar en la actividad política desde su inspiración cristiana, pero obviamente no todos. La fe, por supuesto, no es contraria a la actuación pública sociopolítica; el que la existencia de todo cristiano esté marcada escatológicamente significa que no es de este mundo, pero no le saca de este mundo (cf. Jn 17, 14 ss). Así como la dimensión apostólica es inherente a todo bautizado, es un carisma especial la militancia apostólica (3).

Por fin, ¿no manifiesta el escaso eco que obtiene la llamada a la participación como cristianos en la vida pública la necesidad de recuperar las mismas raíces cristianas? De esta escasa participación, constatada por todas partes, se hicieron eco los obispos en el Sínodo sobre los laicos. ¿No necesitamos mayor insistencia en la reconstrucción de la densidad intraeclesial, también para que la

«extraversión» misionera en estos campos colectivos no caiga en práctica «enajenación»? Sería un engaño pensar que lo más importante de la vida de la Iglesia es lo que interesa periodísticamente a la sociedad.

Una tercera objeción se hace al camino neocatecumenal: se convierte en Iglesia paralela, es un grupo «asectariado», se autoexcluye de la vida común eclesial y de las esperanzas y de los temores de la sociedad. Para emitir estos juicios recuerdan los objetantes algunos rasgos: se valora el propio camino de tal forma que se propende a la exclusividad; hay una dificultad connatural para estimar positivamente otras realidades de Iglesia; se muestra un apego a ciertas palabras, cantos, gestos, formas... que parece exorbitado; los catecúmenos sólo se sienten a gusto dentro de sus comunidades, expresándose con su propio lenguaje y celebrando con sus ritos; se practica un cierto «arcano» en los instrumentos de catequesis, en las exigencias concretas aceptadas por los miembros...; no participan en las actividades parroquiales ordinarias; se confía siempre en que la incompreensión ante algunas manifestaciones del camino neocatecumenal será vencida cuando se conozca mejor; y se piensa menos en la propia autocrítica, etc.

¿Qué decir al respecto? Probablemente quedarían disipadas la mayor parte de estas dificultades si recordáramos la conducta de la Iglesia en los siglos primeros: conciencia fuerte de comunidad en medio del mundo; compartición de la fe, de la esperanza, de la misión, de los bienes y de las necesidades; sustracción de determinados aspectos intraeclesiales a la divulgación indiferenciada para evitar la trivialización o la interpretación deficiente; existencia de una forma de comunicación más

3. Cf. *Apostolicam Actuositatem*, 2, 15 ss.

oral que escrita... Hoy padecemos, también en la pastoral de la Iglesia, la enfermedad del papel impreso.

Por otra parte, no se puede olvidar que se trata de un camino, y por tanto hay una gradualidad, una maduración, etapas diversas; así, a partir de la *redditio* comienza una colaboración de todos los miembros de la comunidad en las actividades parroquiales con la llamada «pastoral de meditación»; colaboración que antes ha sido más esporádica y más individualizada. No se tiene siempre en cuenta que también el cristianismo necesita un tiempo para poder testificar la fe, enseñar la verdad cristiana, colaborar activamente... ¿No ocurre lo mismo con el candidato al ministerio presbiteral o con el aspirante a una familia religiosa? ¿No es a veces preocupante y poco serio que cualquiera bien intencionado sea, por ejemplo, catequista? Esta fuerte vinculación a la comunidad y en general al camino neocatecumenal traduce en muchos el agradecimiento por lo que allí han encontrado de regenerador y salvífico. Y por el contrario circula una forma de universalización que refleja, más que apertura de espíritu, indiferencia y escasa percepción vital de unos valores.

Por último, en la historia de la iglesia hay una permanente tensión entre el «grupo» y el «pueblo», como justamente vio G. Van der Leeuw (4), entre alcanzar con ciertas rebajas a la totalidad y alcanzar con autenticidad al grupo. Es verdad que ninguna de las dos soluciones puede ser adoptada dejando totalmente al margen la otra, ni élite cerrada ni multitud amorfa; pero manteniendo los dos polos caben legítimamente acentuaciones diver-

sas. La Iglesia es una semilla con vocación de cosecha rebosante; es como la levadura que se introduce en la masa para que ésta sea fermentada. La renovación de la Iglesia se afronta a partir de los núcleos que irradian en todas las direcciones; esta ley permanente de la vida eclesial se hace más apremiante cuando urge una nueva evangelización.

Confío que con estas reflexiones y explicaciones se haya respondido a las objeciones recogidas en el exterior del camino neocatecumenal. Nadie excluye que las percepciones fuertes de un aspecto representen debilidad en otros, o que todo foco proyecte un haz de luz y deje campo en penumbra. Por eso todo carisma necesita tiempo para su explicación y para su acoplamiento en el seno de la Iglesia; y sobre todo un carisma no es el entero cuerpo eclesial.

A veces se habla de que el catecumenado, a diferencia de los movimientos apostólicos, es necesario y único; y esta afirmación se alarga automáticamente al «camino neocatecumenal», creando así el malestar que suscita toda pretensión de absolutez. Al actuar de esta manera no se distinguen adecuadamente los planos. En efecto, todo cristiano para ser verdaderamente tal necesita asumir personalmente el bautismo, que como sacramento de la fe y de la conversión es la realidad fundante de la existencia cristiana. Sin bautismo, sin iniciación en sus contenidos, sin catecumenado no hay cristianos. Pero el catecumenado necesario, el camino insustituible para acoger vitalmente el significado del bautismo, no es equivalente del «neocatecumenado» o «camino neocatecumenal» de que tratamos en este escrito. El camino neocatecumenal es una forma de catecumenado, ciertamente preciosa, que nos recuerda que en la base de todo

4. *Fenomenología de la religión*, México 1975, p. 257.

el edificio eclesial está el bautismo y nos estimula a buscar las formas más adecuadas de iniciación bautismal en nuestro tiempo y en nuestras sociedades.

El camino neocatecumenal es un carisma junto con otros carismas, que están llamados a convivir y a actuar en el interior de la Iglesia universal, de la diócesis y con las debidas proporciones dentro de la parroquia. No es procedente, por tanto, que un carisma se levante con la pretensión de ser el único camino de salvación o sea «delicadamente marginado y silenciado». La comunión eclesial puede resentirse o porque se fragmenta y dispersa o porque se construye sobre una base tan estrecha que para entrar en juego deben los carismas ser «domesticados» perdiendo así su originalidad y su capacidad enriquecedora. Es sospechoso un plan pastoral de conjunto donde no quepan iniciativas apostólicas porque no han nacido en la propia diócesis; o sean excluidas, por principios teóricos eclesialmente discutibles, posibilidades evangelizadoras que en otros lugares se muestran fecundas. Una Iglesia particular es católica en el movimiento permanente de oferta y acogida hacia otras Iglesias. Pensar que las condiciones sociológicas de una diócesis pueden ser razones suficientes para eliminar caminos avalados en la Iglesia universal significa dar un peso excesivo a las peculiaridades. El problema de todo hombre es en el fondo siempre y en todas partes el mismo; y en nuestra situación actual la confrontación fundamental transcurre entre la fe y la increencia (5).

5. Cf. JUAN PABLO II, *Il cammino dell'uomo nuovo* (Discurso a los grupos neocatecumenales de las parroquias de N.S. del Stmo. Sacramento y de los Mártires Canadienses), en: *Oss. Romano* 3-4 de noviembre de 1980.

Las comunidades neocatecumenales no son un movimiento apostólico. Los movimientos apostólicos son, por definición, especializados por ámbitos sociales, por edades, por tareas... Estos se sitúan, como ya se dijo más arriba, en las formas especiales de participar los cristianos laicos en la misión de la Iglesia; aquéllas se sitúan, más bien, en la responsabilidad apostólica común. Participar en un movimiento apostólico supone una vocación específica en el seglar —aunque con frecuencia sea el itinerario para descubrir la fe cristiana— y reunir, además, una serie de condiciones de vida y personales determinadas. No es legítimo optar por las comunidades sin dejar espacio para los movimientos especializados ni viceversa. Poner movimientos y comunidades en competitividad es impropio. ¿Cómo podremos dudar de que en nuestra Iglesia se siente la necesidad de unos movimientos apostólicos vigorosos? Pero no pueden ser promovidos pretiriendo las comunidades; ni las comunidades deben desconocer la razón de ser de aquéllos. De lo dicho se comprende que una comunidad no puede ser utilizada como movimiento apostólico, ni debe ser comprendida su eficacia por el número de militantes, por ejemplo sindicales, que suscita. Sí cabe esperar, y efectivamente ocurre, que de la comunidad surjan vocaciones especiales: sacerdocio, vida contemplativa, militancia cristiana en los ámbitos del trabajo, caritas, enseñanza, marginación...

b) Un camino de evangelización de los alejados

La Iglesia siente actualmente la necesidad de crear el catecumenado de adultos, perdido en nuestras latitudes

desde hace muchos siglos (6). Hay seminarios para la preparación de candidatos al ministerio presbiteral, existen noviciados y juniorados para la incorporación de los aspirantes a una familia religiosa, tenemos movimientos apostólicos para educar cristianamente en la militancia de los seglares. Es decir, hay espacios para introducir en las formas específicas de la existencia cristiana. Pero, ¿dónde está el ámbito para ser iniciados en la fe, en la vida evangélica, en la Iglesia como Pueblo de Dios? Para Tertuliano el catecumenado es el «noviciado de la vida cristiana» (7). El proceso de maduración hacia el bautismo, hacia el ministerio y hacia la vida religiosa, pueden hoy enriquecerse mutuamente; en un principio la iniciación y el escrutinio de los candidatos al ministerio se inspiraron en el itinerario bautismal (7 bis).

La Constitución *Lumen gentium* antes de tratar lo referente a los ministros, a los laicos y a los religiosos, expuso en el capítulo segundo la existencia cristiana en Iglesia, la común condición de los bautizados en Jesucristo, lo que a todos nos mancomuna fraternalmente: ser miembro del Pueblo de Dios. ¿No va en este sentido el carisma propio del camino neocatecumenal? En el seno de la comunidad cristiana y en la medida en que cada uno vaya respondiendo a la vocación de Dios en Jesucristo, descubrirá su vocación particular: matrimonio, virginidad, ministerio ordenado, testimonio cristiano en los diversos ambientes... La Iglesia está llamada a abrir de nuevo el catecumenado para gestar en la fe y en la

6. Cf. M. DUJARIER, *Breve historia del Catecumenado*, Bilbao 1986, pp. 15 ss.

7. *De penitentia* VI, 14: CCL 1, 331.

7 bis. Cf. M. DUJARIER, o.c. pp. 19 ss.

conversión. Hacia él orienta el *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*, promulgado en Roma el día 6 de enero de 1972.

Por todas partes se expresa la convicción de que nos encontramos en *una nueva etapa de evangelización*. En la ponencia presentada por el cardenal Daneels en el VI Simposio del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa, celebrado en Roma los días 7 al 11 de octubre de 1985, se constata y apunta lo siguiente:

«Europa, en una mayoría, vive en la ausencia —incluso en la negación— de Dios tanto teórica como práctica. Lo cual no dejará de tener consecuencias para la evangelización, para su método y para su estructura. Esto puede ser llamado, pues, con toda propiedad «segunda evangelización» (8).

Este nuevo momento evangelizador se llama con mayor o menor acierto «segunda evangelización» para distinguirlo de la «primera evangelización»; se trata actualmente de anunciar el Evangelio a la Europa «postcristiana», agnóstica y atea; en la primera evangelización se trató de traerlo a la Europa «precristiana», o de llevarlo a lugares alejados de la tradición cristiana.

Dentro del simposio, a que terminamos de referirnos, el discurso final del cardenal Hume y la importante intervención de Juan Pablo II alientan idéntico espíritu: que brille la proclamación central de la Buena Nueva, sin perdernos en los detalles; que se insista en la dimensión kerigmática, casi siempre descompensada por el peso

8. *Ecclesia* 2.251 (1986) p. 29.

de lo doctrinal, de las exigencias morales, o de los análisis antropológicos y sociales; que nos apercibamos de nuestra debilidad y de que sólo la actuación del Espíritu Santo como en un nuevo Pentecostés puede abrir realmente el horizonte; que coloquemos en lugar adecuado las técnicas y los instrumentos, que son estériles si no salta la «chispa de la vida»; que nos dirijamos hacia la increencia y el ateísmo con el lenguaje balbucido desde la experiencia del misterio pascual...

Estas necesidades sentidas nos remiten como a paradigma a la evangelización primera y originaria narrada en los Hechos de los Apóstoles. Se requiere una nueva vivencia cuasi fundacional de lo cristiano en nuestra cultura secularizada, un nuevo encuentro vital religioso, un personal descubrimiento del alcance de la fe en Dios, del señorío liberador de Nuestro Señor Jesucristo, de la santa Iglesia como madre y hogar, del perdón de los pecados, de la vida eterna iniciada ya por la conversión a Dios, del otro hombre como hermano... Necesitamos redescubrir el peso y la realidad de lo que confesamos en el símbolo de la fe: Dios Creador y Padre; Jesucristo que es el Hijo de Dios encarnado, el Mesías de nuestra esperanza, el Siervo entregado a la muerte, el Señor resucitado y glorioso, el Juez de vivos y muertos; el Espíritu Santo que está presente y actúa en la Iglesia para la vida eterna. Sentimos con frecuencia la tentación de hacer hermenéutica antes de proferir la confesión de la fe. Nos acecha el peligro de perder concreción en los contornos de la fe y de la respuesta moral cristiana (¿esta «inconcreción» no está relacionada con la «desinstitucionalización» de la Iglesia?); y perdiendo concreción se pierde realidad. La iniciación cristiana, la recuperación de lo básico y elemental, la percepción vital del puesto que

ocupa cada contenido debe exorcizar esa especie de peligrosa evaporación.

La llamada a la evangelización como tarea prioritaria ha resonado también en nuestra Iglesia; el «Congreso de Evangelización y hombre de hoy», tenido en Madrid en el mes de septiembre de 1985, y cuya sintonía con el Simposio de Obispos Europeos es notabilísima, también insistió en la necesidad de una nueva evangelización y de la iniciación cristiana. El Plan de la Conferencia Episcopal para el trienio 1987-1990 se ha propuesto como objetivo abarcador «Anunciar a Jesucristo en nuestro mundo con obras y palabras»; todas las acciones proyectadas se inscriben en esta órbita.

Es sorprendente que a la distancia de dos decenios aproximadamente se nos muestre el Concilio con toda nitidez como estímulo fundamental para la evangelización. Juan Pablo II en el citado Simposio de Obispos de Europa afirmó: «Se puede decir con toda propiedad que (el Vaticano II) representa el fundamento y la puesta en marcha de una gigantesca evangelización en el mundo moderno, llegado a una encrucijada nueva en la historia de la humanidad, en la que tareas de una gravedad y amplitud inmensa esperan a la Iglesia». Según la inspiración original, el Concilio se proponía esencialmente

... «poner en contacto con las energías vivificantes del Evangelio al mundo moderno» (9).

9. *Ecclesia*, 2.242 (1985) p. 12. La cita está tomada de la Constitución Apostólica «*Humanae Salutis*» por la que Juan XXIII convocó el Concilio.

El Papa esperaba que el Sínodo Extraordinario, que tendría lugar poco después, conectaría bajo el aspecto esencial de la evangelización con el Vaticano II. Efectivamente, el Sínodo asumió también esa inspiración conciliar:

«Por todas partes en el mundo, la transmisión a la generación próxima (los jóvenes) de la fe y de los valores morales que proceden del Evangelio, está hoy en peligro... Se requiere, por tanto, un esfuerzo nuevo en la evangelización y en la catequesis... La evangelización de los no creyentes presupone la autoevangelización de los bautizados» (10).

La Iglesia sólo podrá evangelizar en la medida que ella se deje rejuvenecer las entrañas por el Evangelio. ¿Cómo se puede anunciar con tristeza la gracia, con envejecimiento espiritual la frescura, con actitud resabiada la esperanza, con resentimiento la misericordia de Dios? En proporción creciente hay personas que desconocen lo más elemental del cristianismo; y sobre todo que están alejadas de su vivencia. Parece que el viento contrario ha apagado la llama tenue, que quizá en circunstancias muy propicias hubiera perdurado. En todo caso se precisa mayor personalización de la fe, inserción más honda en la Iglesia como la familia de los hijos de Dios, una experiencia más fuerte de Jesucristo resucitado. Las formas anteriores de incorporación a la Iglesia y de recepción de su doctrina son insuficientes. A una forma de Iglesia en situación de cristiandad debe suceder otra forma de Iglesia como comunidad. A una fe protegida en gran medida

por las convicciones del ambiente y por la plausibilidad social debe suceder una fe más radical, más iluminada, más personal, más eclesial. Es ésta precisamente la situación a la que responde la iniciación cristiana.

Para que la Iglesia realice una eficaz labor de evangelización en nuestra sociedad debe —son palabras del papa tomadas de la misma intervención en el simposio— «inspirarse en el primerísimo modelo apostólico». Y como rasgos señala éstos: «Sólo con la efusión del Espíritu comienza la obra de evangelización. El don del Espíritu es el primer motor, la primera fuente, el primer soplo de la auténtica evangelización». María, la Madre de Jesús, participó en el comienzo de la existencia humana del Hijo de Dios; también estuvo presente en los inicios de la andadura de la Iglesia; y nos acompañará en esta nueva etapa evangelizadora. María es «la estrella de la mañana», la madre de todos los comienzos. Las fuentes vitales de la evangelización «se encuentran generalmente allí donde Cristo y el amor por Cristo está unido con la conciencia y la vida eclesial; allí donde la Iglesia, como María, es venerada y acogida como Madre. El anuncio de Cristo separado de la Madre-Iglesia, o peor, opuesto a ella, no podría ser el anuncio del "Verbo hecho Carne", nacido de la Virgen María y continuamente engendrado por la Iglesia en el corazón de los fieles». Estos rasgos no son únicamente síntesis del origen de la Iglesia o proyección hacia el futuro; en la actualidad también aparecen.

«Algunos síntomas de este soplo del Espíritu están ciertamente presentes hoy en Europa. Para encontrarlos, sostenerlos y desarrollarlos será necesario a veces abandonar esquemas atrofiados para marchar allí donde comienza

10. *Relación Sinodal II, B, 2.*

la vida, donde vemos que se produce frutos de vida "según el Espíritu"» (cf. Rom 8) (11).

Estas características, digámoslo con claridad y sin presunción, aparecen también en la experiencia evangelizadora de las comunidades neocatecumenales, y particularmente en el trabajo de los catequistas itinerantes.

¿No es la evangelización la exigencia primordial que la hora presente reclama de la Iglesia? ¿No debe inspirarse esta nueva evangelización en el modelo apostólico, igual que toda renovación cristiana acontece retornando a las fuentes? Cuanto más hunda la Iglesia sus raíces en los orígenes, más fecundidad tiene por delante. ¿No se requiere más dosis kerigmática en la predicación de la Iglesia para que ofrezca a todos los hombres la posibilidad de un nuevo comienzo como fruto de la misericordia de Dios que otorga gratuitamente el perdón de los pecados? ¿No ha sido desde el principio la iniciación cristiana el itinerario para la asimilación vital de los valores evangélicos? ¿No ha sido el catecumenado la pedagogía eclesial para que los hombres fueran iniciados en los misterios del Reino de Dios? ¿No está aconteciendo un redescubrimiento del catecumenado también por medio del camino neocatecumenal, que es al mismo tiempo una síntesis original de fe y de cultura, de vida personal concreta, de predicación de la Palabra de Dios y de celebración litúrgica? ¿No estará Dios llamando a la Iglesia a través de este carisma para que restaure el catecumenado como camino de evangelización en esta nueva etapa de la humanidad? ¿No están ya dados básicamente los elementos constitutivos del catecumenado en la prácticas de estas

comunidades? Porque esbozar esquemas teóricos de iniciación es bastante fácil; lo decisivo es hallar la unión de la vida y del pensamiento.

Los obispos están particularmente llamados a escrutar los carismas del Espíritu Santo. Es posible que hasta los carismas más genuinos introduzcan en un primer momento alteración en la vida normal de la Iglesia; pero allí donde la vida brota debe prestarse atención, cuidado y amor especiales. Los caminos que apenas presentan novedad probablemente no suscitarán ni entusiasmos ni contradicción; son acogidos sin pena ni gloria. En cambio, donde se anuncia un futuro que contrasta fuertemente con el presente no es tan fácil la recepción, aunque a largo plazo su fecundidad sea enorme. La acogida será lenta y dolorosa tanto para los portadores del carisma como para el conjunto de la Iglesia. Como genialmente escribió santa Teresa, conocedora en carne propia de estos sufrimientos, «la verdad padece mas no perece» (12). En todo caso el ideal de la Iglesia no es una paz mortecina, sino una vitalidad que nos sorprenda y nos desborde. La existencia lánguida tiene siempre un futuro improbable, y en nuestra situación más improbable todavía. La comunión eclesial no es cualquier armonía, sino concordia evangelizadora, comunión y misión, vida intraeclesial densa que hacia fuera se convierte en llamada e invitación (cf. Act 2, 42-47).

Dentro de este impulso evangelizador, que caracteriza el camino neocatecumenal como camino de evangelización de los alejados, ha surgido hace algún año la misión directa a los paganos sin pasar por la parroquia. De hecho,

11. *Ecclesia*, núm. citado, p. 13.

12. *Carta* 79-5B,26, en: *Ob. Com.*, Madrid 1962, p. 921.

en la Europa más descristianizada actúan varios grupos de matrimonios con sus hijos y acompañados de un presbítero, que de acuerdo con el obispo de la diócesis se instalan en un lugar determinado con la intención de implantar de nuevo allí la Iglesia. Es conmovedora la narración de la formación de la primera comunidad, en un barrio miserable de Hamburgo, con personas cuya vida está destruida hasta el fondo. Los signos que corroboran la iniciativa, juzgada desde fuera sin duda como descabellada, recuerdan en muchos momentos la primera evangelización apostólica. Un número elevado de familias y de presbíteros (o de seminaristas) se han ofrecido libremente para tomar parte en esta «misión de Europa». El Papa con su característico atrevimiento apostólico ha alentado esta iniciativa singular; en este contexto ha nacido el seminario, al que arriba se aludió.

c) Comunión abierta a la misión

Antes de concluir, formularemos con respeto algunas invitaciones tanto a la Iglesia en conjunto y especialmente a sus ministros como al camino neocatecumenal para que se profundice la recepción de esta iniciativa del Espíritu.

El obispo en la diócesis y el párroco en la parroquia son órganos de comunión de las diversas realidades eclesiales existentes o a promover (lógicamente cabe una valoración jerarquizada). Para poder ser vínculo de unidad se les piden unas actitudes de anchura, de lucidez, de generosidad, de paciencia, de fidelidad, de capacidad de aliento y de corrección, etc., considerables, dada la comunión en pluralidad que la Iglesia ha afirmado con claridad en el Vaticano II. Si la unidad del presbiterio

de una diócesis se resiente porque se forman grupos cerrados (por edad, opciones pastorales, adscripción a asociaciones sacerdotales admitidas por la Iglesia, etc.), entonces se impone a todos una revisión a fondo de actitudes y comportamientos de comunión. La solución no puede ser la uniformación sino la comunión densa, respetuosa y rica.

No debemos caer en la tentación de la esterilidad consensuada; ni debemos olvidar que, además de la «fraternidad apostólica», existe la fraternidad entre cristianos y presbítero, muy beneficiosa para éste; pues bien, es un hecho que dentro de las comunidades neocatecumenales se rompe la soledad del presbítero y se establece realmente una honda comunicación. El presbítero, como «hermano entre hermanos», se siente insertado en la casa común; pasa a combinar la fraternidad y la responsabilidad ministerial; de estar solo y urgido por los fieles pasa a estar acompañado y sostenido apostólicamente.

El camino neocatecumenal ha percibido con mucha fuerza cuál es la honda irredención del hombre: la esclavitud por el temor a la muerte, salario del pecado. Esta situación es real en la concepción cristiana; no es un resto que pueda ser eliminado por la progresiva «socialización» humana. De forma semejante ha percibido con mucha fuerza el núcleo de la salvación traída por Jesucristo: el perdón de los pecados y la capacidad de amar al enemigo, el poder otorgado en la resurrección de Jesús de cargar con los pecados del mundo. También confirma esto la antropología cristiana; la regeneración del hombre acontece al recibir en el poder del Espíritu el amor gratuito y creador de Dios. Ya dijimos que los acentos paulinos han sido recogidos con vigor por el camino neocatecumenal. También debemos decir que del corazón brota

como fruto del Espíritu la paz, el amor, la paciencia, la misericordia...; y como fruto de la carne la discordia, la división, el desenfreno... (cf. Gál 5, 16 ss.). El hombre plasma su mundo entregándolo a la vanidad o rescatándolo de la esclavitud (cf. Rom 8, 18 ss.). Pero, dado el carácter social y cósmico del hombre, las condiciones externas no son indiferentes al núcleo personal rescatado por la luz. Por ejemplo, un cristiano sin trabajo puede tener iluminado y asumido cristianamente el problema del paro, pero la desarmonía personal producida por esa situación social influye en la vivencia de la fe. La libertad más honda puede darse también entre cadenas; pero no hay duda que la superación de la esclavitud y la afirmación de las libertades sociales y políticas tienen que ver con aquélla. Hay una relación entre hombre nuevo y condiciones sociales; esta relación va no sólo de aquél hacia éstas, sino también de éstas hacia aquél en una cierta medida. Probablemente se requiere en este punto una profundización del camino neocatecumenal tomando como pauta la doctrina de la Iglesia sobre la sociedad.

La Iglesia en el Vaticano II ha descubierto dos campos de su misión. El primero, esencial e insustituible, es predicar el evangelio para que escuchado por el hombre se convierta y entre a formar parte del nuevo pueblo de Dios. Pero la Iglesia está llamada también a servir al mundo en su misma mundanidad, a colaborar con todos los hombres para que la dignidad humana sea más respetada, para que la paz sea garantizada, para que a todo hombre se haga justicia, para que los pobres sean defendidos... (13).

13. Refiriéndose Y. CONGAR al capítulo IV, parte 1.^a de la Constitución *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II, que lleva por

El mal que existe en el mundo es siempre un interrogante, especialmente incisivo para quien cree en Dios Padre bueno. Este mal procede de la finitud humana, de los inevitables condicionamientos del hombre, del mal uso de la libertad, de egoísmos arraigados, de estructuras inhumanas. Y hay una misteriosa «necesidad teológica» (14). Ante esta situación el cristiano está llamado ciertamente a reconciliarse con Dios en su historia muchas veces desagradable y a cargar con el pecado del mundo siguiendo las huellas del Siervo de Dios; pero también está llamado en la medida de sus posibilidades a una actitud transformadora, no sólo personal sino también social. Dios que es la «Causa primera», no elimina las «causas segundas» y su responsabilidad. El mundo es también tarea encomendada por Dios al hombre libre (cf.

título «Misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo», ha escrito: «A decir verdad, la primera tarea de la Iglesia con respecto al mundo es la de convertirle al Evangelio... Es así como el mundo se convierte en Iglesia. Pero hay otro terreno en la misión de la Iglesia, otra actividad de la Iglesia con respecto al mundo, la que ejerce en y sobre el mundo en sus estructuras y actividades de mundo, cuando se mueve en su orden de mundo. Es éste el dominio, ésta la actividad que *Gaudium et Spes* considera... No se puede separar, en el ejercicio de su misión por la Iglesia, la búsqueda del bien de los hombres y la predicación del Evangelio» (*El papel de la Iglesia en el mundo de hoy*, en: *La Iglesia en el mundo de hoy*, II, Madrid 1970, p. 373 ss.). La actividad pastoral de Juan Pablo II corrobora espléndidamente las dos perspectivas de la misión de la Iglesia.

14. El problema teológico del mal se agudiza por la cruz de Jesús como consecuencia del pecado; pero en esta infinita radicalidad está también la iluminación: «El problema del pecado del hombre se transforma en el misterio —o el escándalo— del amor de Dios» (W. KERN, *Übel*, en: *LThK* 10, col. 434). En la cruz de Jesús y en la cruz de la historia personal de cada hombre Dios nos muestra paradójicamente su amor. Dios nos acompaña en la tribulación.

Gén 1, 27 ss.); y de esta tarea no debe eximirse el cristiano como cristiano; el Padre de Jesucristo es el Creador de todo; la redención abarca la totalidad de la creación.

El carácter público de la fe cristiana acontece esencialmente cuando se la profesa abiertamente rompiendo el silencio de la propia intimidad o el marco de la comunidad. Pero hay también una forma de publicidad de la Iglesia en la sociedad que consiste en aportar su palabra y colaboración allí donde se juega la causa del hombre y la orientación de la sociedad. Por este motivo la Iglesia no puede recluirse ni debe dejarse recluir en la privatividad. La paz, el paro, la cultura, el trabajo... son espacios donde se ejerce también el carácter público de la Iglesia. Es verdad que habrá carismas en la Iglesia que sirvan particularmente a esta perspectiva de la misión cristiana; pero es un horizonte en que todos nos movemos.

Para estas grandes tareas se requiere un cuerpo unido a sus pastores. No debe la Iglesia ceder a la tentación de ser un conjunto debilitado con unidades innumerables e incomunicadas en su interior. Por supuesto, en el foro público social no sólo harán sonreír expresiones sobre el perdón de los pecados y amor a los enemigos, sino también las grandes afirmaciones de la antropología cristiana cuando tengan que proferirse frente a otras concepciones del hombre, por ejemplo en relación con el amor, el matrimonio, el derecho a la vida, etc. La acusación de «angelismo» puede entonces extenderse a sectores de la Iglesia que antes la habían reservado a algunos grupos de hermanos en la fe. La profesión de la fe cristiana y el servicio al hombre, según ese dinamismo, lleva consigo su oprobio (cf. Heb 11, 24-26) y también su gozo liberador. Aunque a veces sea tachada la Iglesia de falta de «respeto» al hombre porque le invita a la conversión

y la fe, no deberá silenciar esa llamada precisamente por bien del hombre y por obediencia a Dios. Los poderes de la sociedad buscarán «integrar» a la Iglesia en unas coordenadas que ella deberá continuamente romper. El necesario talante democrático no equivale a consentir sin más a comprensiones de lo humano provenientes de cualquier inspiración.

d) Consideraciones finales

Lo que termino de decir quiere ser una llamada al camino neocatecumenal y al conjunto de nuestra Iglesia. La actitud ante el neocatecumenado es la actitud ante un carisma vigoroso y fecundo. El camino está llamado a mantener en la Iglesia la memoria de ciertos acentos percibidos con profundidad y lucidez. Es un deber ante el Espíritu de Dios, fuente de los carismas, tanto del conjunto de la Iglesia como de los iniciadores del camino el que éste no se desnaturalice. La identidad y fecundidad de un carisma radica en su originalidad. Para que los carismas en su genuinidad sean recibidos por la Iglesia deben ser probados; y a veces la Iglesia debe ayudarles en su maduración y en el despliegue de sus virtualidades. Es comprensible entonces que sean requeridos ciertos ajustes, cierta aclimatación, a la luz de las experiencias hechas y de las exigencias de la comunión eclesial. Esos ajustes y ensanchamientos deben realizarlos los iniciadores del carisma y eventualmente los herederos legítimos. Es una manipulación indebida, con el riesgo de que se desnaturalice el carisma, forzarlo exteriormente. La salud de la Iglesia se manifiesta en la acogida generosa de las iniciativas suscitadas por el Espíritu, y la verdad de los

carismas se acredita en su disponibilidad para la comunión eclesial.

El camino neocatecumenal está abriendo pistas hacia el futuro. El que ha hecho esta experiencia sabe que lo que se hunde en la Iglesia tiene menos peso que lo que está naciendo. Como asiste a un poderoso alumbramiento, vive confiado a pesar de que una forma de Iglesia parezca que está tocando a su fin. El que va recuperando su bautismo a través del neocatecumenado posee la convicción, contrastada por los años, de que está emergiendo una manera de vivir eclesialmente que resiste en medio de una sociedad secularizada y poscristiana.

Nuestro discernimiento se ha basado en la convicción de que el camino neocatecumenal es un carisma. Pues bien, todo carisma es un don de Dios para el servicio de la Iglesia y de la humanidad, que reclama atención, confianza y acogida. Puede estar envuelto inicialmente en formas que requieran purificación para que el contenido profundo sea decantado, y de esta manera vierta en la Iglesia su potencialidad. Así ha ocurrido siempre en la historia. Pero el punto de mira a la hora de enjuiciar estas realidades es el de considerarlas como indicación del Espíritu que señala un camino, que abre una puerta, que acredita una palabra.

La intención que ha presidido la redacción de estas páginas ha sido doble. Por una parte, presentar de forma sistematizada las grandes intuiciones teológicas del camino a los que ya se están beneficiando de su gracia; esta presentación puede ser útil, ya que con mucha frecuencia no nos apercebimos reflejamente de la grandeza y de la novedad que implica la vida vivida. Y, por otra parte, exponer con suficiente extensión y con la mayor fidelidad

posible lo que se conoce teórica y prácticamente; esta exposición larga, y confiamos que fiel, va dirigida a la entera comunidad eclesial para que, presidida por sus pastores, profundice en el discernimiento de este carisma. Es una especie de «apología», cuyo valor reside no tanto en el entusiasmo o en el distanciamiento cuanto en la objetividad expositiva transida de testificación.

Pasar de largo del neocatecumenado cuando ha adquirido unas dimensiones tan considerables, dar por resuelto el asunto por algunos detalles percibidos de lejos, fiarse de rumores sin verificar, generalizar defectos coyunturales e individuales, adoptar posturas interesadas por motivos oscuros, pertrecharse en convicciones pretendidamente teológicas que señalarían los caminos por donde deberían transcurrir las intervenciones de Dios... no son las actitudes de un discernimiento serio y eclesial.

Estamos ante un camino de Dios en medio de la historia humana; por tanto, ante una realidad con sus luces, con su fuerza y también con sus límites. Sólo reconociendo su verdad se le ayuda en su maduración y en el cumplimiento de la misión a que ha sido destinado. De esta forma mostraremos gratitud al Señor por los dones que en cada momento derrama sobre la Iglesia.